

# La Ilustración Artística



Año XXXIII

BARCELONA 9 DE MARZO DE 1914

Núm. 1.680

UN CUADRO POR EL QUE SE HAN PAGADO TRES MILLONES Y MEDIO DE PESETAS



LA MADONA LLAMADA DE PÁNSHANGER, pintada por Rafael  
y que ha sido recientemente adquirida por el multimillonario norteamericano Mr. Widener

(Véase la explicación en la página 176.)

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El tío Cachaza*, cuento de José A. Luengo. — *La Madona de Pánshanger*. — *El escultor francés E. Bourdelle*. — *Actualidades artísticas*. — *De México*. — *El obispo de Madrid Alcalá en la Academia de la Historia*. — *El profesor Brieger*. — *París. Manifestación de estudiantes*. — *Ambrosina* (novela ilustrada; continuación). — *Melilla. La Jura de la Bandera*. — *Novedades teatrales en Madrid y en Barcelona*. — *La delegación a'banza en Neuwied*.

**Grabados.** — *La Madona de Pánshanger*, cuadro de Rafael. — Dibujo de M. Martí, ilustración a *El tío Cachaza*. — *La condesa Adelaida y Pedro Damián*, cuadro de S. Postiglione. — *Retrato del pintor Scott y cuadros del mismo* (lámina). — *Busto y estatua de Carpeaux; Drama íntimo*, esculturas de E. Bourdelle. — *El Padre Eterno y La Virgen*, cuadros de Rafael. — *El esclavo*, escultura de J. Nicolini. — *Alegrías infantiles*, cuadro de J. Baixas. — *El sueño del fauno*, escultura de J. Brun. — *Emigrantes*, cuadro de A. Tomasi. — *En la celda*, cuadro de J. Toma. — *Notas de México, París, Melilla, Madrid, Barcelona y Neuwied*. — *Excmo. e Ilmo. señor Dr. D. José M.<sup>a</sup> Salvador y Barreva*. — *El Dr. Brieger*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo gusto de una decorosa franqueza, y no hiriendo personalmente a nadie, que esto siempre se debe evitar, digo mi opinión, aunque pugne con lo admitido. Y por eso no quiero dejar de expresar mi poca o ninguna simpatía hacia lo que ha dado en llamarse «bodas de oro, de plata...», y no sé si las hay de cobre.

Lo primero que salta a la vista es que tal costumbre no tiene nada de castiza; que nuestra tradición la ignora por completo. No encontraréis la menor referencia a ella en ningún documento del pasado. La moda se ha impuesto de unos veinte años acá.

Y ¿qué significan las tales bodas metálicas? Que un señor es, desde hace veinticinco o cuarenta años (no recuerdo exactamente el número que platea o dora las bodas) tal o cual cosa: escritor, magistrado, músico, hasta cura... ¡Las bodas de plata de un obispo no me convencerán jamás! Bien está que sus diocesanos le obsequien, si así les place, tomando en consideración que es anciano, que hace tiempo que rige la diócesis, y más aun que gasta mitra; pero llamar a eso «bodas» lo encuentro..., ¿cómo diré?, raro, impropio, y algo inocente. En fin, hay que dejar correr esas niñerías de la humanidad, que juega con el tiempo, mientras el tiempo, ceñudo y riguroso, la devora...

Y ya que se quiere expresar un recuerdo cronológico, ¿por qué no se dice el vigésimoquinto aniversario, o cuadragésimo aniversario, como en otro tiempo se decía?.. No fué precisa la metalurgia nupcial para festejar a Pío IX, cuando cumplió los veinticinco años de Pontificado, caso que, se hizo notar entonces, no había ocurrido desde el de San Pedro.

El aniversario es la más natural conmemoración, y por eso hemos encontrado muy loable que los aragoneses, al cumplirse tres años de la muerte del insigne español Joaquín Costa, le consagrasen una velada necrológica. Costa (aun cuando pudiese danzar la política en lo que se le ensalzó últimamente) merecía todo encomio por las cualidades altas y raras de su espíritu. Yo deploré siempre que el momento en que nos unió la amistad, antes de su retirada a Graus, fuese el mismo en que ya no poseía salud bastante para dedicarse al trato de sus amigos. Cuando vino a mi casa, sus piernas eran dos rollos de algodón. La traidora enfermedad, alojada en la médula, hacía de él un inválido; ni podía andar, ni faltaba nunca en su cara expresiva y realmente leonina la expresión del sufrimiento. ¡Tanta salud como anda por ahí mal repartida..., y no poder comprarla en la tienda, para dársela a hombres como Costa!

Era más penoso verle así, por el contraste que formaba el mal con la apariencia de robustez y vigor del gran cuerpo, roble tronchado, desafiador de huracanes, y vencido por ellos. Comprendí perfectamente que se recogiese a un pueblo familiar, para morir allí solo o casi solo, rodeado únicamente de personas sencillas, humildes — igual que si se hubiese recluso en un convento —. Dotado de tan singulares cualidades para el foro, para la tribuna, para el libro y la cátedra, para todo lo que es relación de intelectualidad; imposibilitado por la deserción de las fuerzas físicas, Costa se escondió, e hizo bien, extinguiéndose al menos entre un tibio calor de respeto y de simpatía.

Mientras se hace memoria de los que desaparecieron, se atiende a las nuevas figuras que ya empiezan a destacarse. He dicho, en la última Crónica, el ruidoso éxito del autor de *Las golondrinas*, y realmente, se trata de un nombre nuevo en el arte, pues no hará un mes se ignoraba que existiese el joven compositor; quiero decir lo ignoraba el público, aunque no lo desconociesen los aficionados, que siempre tienen mejores informes. Otro artista que estos días se ha dejado oír en Madrid, Pepito Arriola, posee en cambio fama desde la cuna, puede decirse. No contaría arriba de dos años y medio cuando le oí tocar

en París, y poco después lo hizo en mi casa, en Madrid, siendo su precocidad asombro de todo el mundo, hasta tal punto, que la *Revue philosophique* consagró un artículo de alto vuelo científico al estudio de tan temprana manifestación de las facultades musicales. Los músicos suelen ser precoces, pero no hasta ese punto. Así es que en Alemania se le otorgó gran atención al caso Arriola, y el káiser le regaló un terreno y un chalet, logrando así que la residencia habitual del joven gallego se fijase en territorio germánico. Desde Alemania hace *tournées* por todos los países civilizados; ahora acaba de realizar una a la Argentina, muy fructuosa y brillante. Hoy Arriola no es el bebé que hemos visto subido sobre un almohadón y costándole trabajo abarcar con unas manitas diminutas las teclas de un piano también minúsculo: se ha convertido en un muchacho que no tardará en ser hombre hecho; y naturalmente su maestría necesita ser prodigiosa, puesto que, como digo, nació en él. El público congregado en la casa de los señores de Bauer estaba pendiente de la ejecución del genial exniño.

Y yo espero que también como compositor ha de recoger lauros. Creo recordar que cuando chiquito, componía ya. Fecundo venero de inspiración tendría en los cantos de su país natal, esa música gallega tan inspirada, tan sentida, tan variada, y que acaso, pese a la diligencia de Perfecto Feijóo, no estará recogida ni en su mayor parte. Sería una fuente de originalidad para Arriola el instrumentar los encantadores temas de su región, a ningunos comparables.

Acaso, en España, el arte que cuenta más aficionados sea la música. La razón de esta preferencia no me la explico. De cierto, hemos tenido mejores literatos y pintores que músicos, y no podemos, hasta la hora presente, hacerle competencia ni a Italia ni a Alemania. Sin embargo, es la música la que disloca a los públicos. El entusiasmo por un Galdós, un Pereda, un Campoamor, no puede rivalizar con el que inspiraron los Gayarres y los Sarasates. La causa, repito que no la atino; sólo cabe reconocer el hecho, que es constante. Y otra de las bellas artes en que hemos descollado, al igual o por cima de los demás pueblos, tampoco logra entusiasmar aquí. Casi debe decirse que están olvidados sus genios, sus maestros indiscutibles. Me refiero a la arquitectura.

Hoy la arquitectura atraviesa un lamentable período de decadencia; esto no es privativo de España: en todas partes ocurre lo mismo, esta inferioridad de la arquitectura, no sólo en su aspecto estético, sino en lo práctico de sus aplicaciones. Y, a pesar de que tenemos ocasión tan frecuente de establecer comparaciones desventajosas entre lo antiguo y lo moderno, nadie admira lo antiguo; pasamos indiferentes ante lo más noble y persistente de nuestro pasado, lo que no pueden quitarnos, como nos quitaron cuadros, esmaltes, joyas, tallas, armaduras...

¿He dicho que no nos lo pueden quitar? Tate. Lo contrario resaltó en la conferencia que acaba de dar en la Unión de Damas D. Vicente Lampérez, el cual domina como pocos, y acaso como nadie, este aspecto de los viejos edificios y las veneradas y semirruinosas maravillas. Es D. Vicente Lampérez el que ha descubierto, en la catedral de Santiago de Compostela, ese tesoro que se llama el palacio del Arzobispo Gelmírez; y, continuando su labor de rebuscador de bellezas históricas, acaba de visitar el castillo llamado de la Calahorra, palacio de gnomos, escondido al pie de la Alpujarra, en una comarca árida y bronca, y separado de la estación del ferrocarril por dos leguas de veredas impracticables, como no sea a lomo de caballo o de borrico.

La razón por la cual Lampérez visitó el palacio-castillo merece contarse.

Nada menos que se lo querían llevar a Nueva York o Chicago, piedra por piedra, y reconstruirlo allí, para mayor ostentación de la ciudad y recreo del príncipe del dólar que podía permitirse este capricho sultánico.

Un prócer español, no de los que hacen vida disipada y ociosa, sino de los que desarrollan actividades utilísimas, y se consagran a realzar los heredados timbres con empresas a la moderna — el actual Duque del Infantado y Marqués de Santillana —, no quiso asentar al despojo, y es él quien se propone trasladar a Madrid el palacio de la Calahorra, enriqueciendo así la capital española con un monumento, que será de los pocos que puede ostentar con orgullo, pues Madrid, en esta materia, es indigente. Y este monumento, dada su fecha, la del reinado de los Católicos Fernando e Isabel, ofrece una singularidad. Todo lo que entonces se construía en España, era de estilo plateresco, o del último período del gótico; el palacio de la Calahorra es pleno Renacimiento italiano. Artistas venidos de Italia labraron su claustro primoroso, sus elegantes chimeneas, sus arcadas clásicas, sus

portadas llenas de reminiscencias del arte griego.

Y lo que más me impresionó, en la descripción de esta joya, fué el contraste entre su exterior y su interior. Por fuera, es una fortaleza ceñuda, cuyos altos muros apenas rasgan diminutas ventanillas, y que flanquean cuatro robustos torreones, encaperuzados con una especie de sombrero, pues la almena ha desaparecido, con los progresos del arte de la guerra. Díjese que no tiene el edificio más objeto que el de defensa y lucha. Dentro, es lo contrario: una mansión llena de refinamientos y sellada con distinción señorial. Los techos conservan aún sus artonados, pero han desaparecido, del suelo y paredes, los revestimientos preciosos, la azulejería y, claro es que a pasos agigantados, los tapices que sin duda decoraban los regios salones. Mueble, tampoco queda uno. No suelen los muebles resistir al abandono de los palacios, arriba de una o dos generaciones. Como no es difícil cargar con ellos, sucede, aun en menos largo plazo del que supongo, lo que fué del mobiliario de una torre donde pasé gran parte de mi niñez, y que, a disposición de mayordomos, sólo conservaba, a la vuelta de no muchos años, los fragmentos de la pantalla de un quinqué y un arca apolillada. Claro es que en mi torre no se perdió ningún mueble artístico; pero, ¿qué no habría en ese palacio de la Calahorra, erigido a tanta costa y tan cariñosamente por su fundador y dueño!

Era éste D. Rodrigo de Mendoza, primer marqués del Zenete, y la razón que le movió a erigir tal monumento en sitio tal no aparece bien definida, aunque algo se infiere de los datos del Sr. Lampérez, únicos acaso que se conocen. D. Rodrigo, altivo e independiente, tenía agravios de su rey, el Católico. D. Fernando había querido casarle según su gusto; el Marqués del Zenete estuvo a pique de ser uno de los varios consortes de Lucrecia Borgia; y como se prendó de otra dama, la sacó del convento donde el monarca la había recluido, justamente para impedir el enlace. Unido a esta dama, de la casa de Fonseca, retiróse a la Alpujarra y construyó el castillo-palacio, gastando prodigamente su dinero en decorarlo y arreglarlo como se arreglaría actualmente la más fastuosa mansión, distribuyendo la vivienda dejando a un lado el departamento de su esposa (donde por cierto aparecen aún los restos de un baño, refinamiento que no debía de ser muy común entonces).

En tal palacio sólo habitó ocho años su dueño. Y en cuanto a la fortificación poderosa, nos lo dijo Lampérez: de nada sirvió. No llegaron a disparar un tiro sus cañones; contra ninguna agresión de las que temía defendió al marqués. Sólo, pasado tiempo, un ataque de los sublevados moriscos fué rechazado sin esfuerzo; porque los moriscos, sin buen armamento y sin disciplina, no eran capaces de rendir semejanza fortaleza.

Y pensaba yo en la novela que late bajo los sucesos de la vida de D. Rodrigo Mendoza; pensaba en el sueño exasperado de ese hombre que, a mal con su rey, cuando la Monarquía empezaba a absorberlo todo en España, porque ya era pasado el tiempo medieval de los magnates y próceres; cuando los reyes mandan desmochar castillos y torres de los señores feudales, y no queda en Galicia una por demantelar, al edificarse una residencia ostentosa, la oculta en una fortificación de lo que entonces era el estilo más moderno, para decir al esposo de Isabel de Castilla que, en una comarca desviada y triste, pero suya, nadie puede hambrearse con él, nadie se atreverá a turbar su solitaria grandeza...

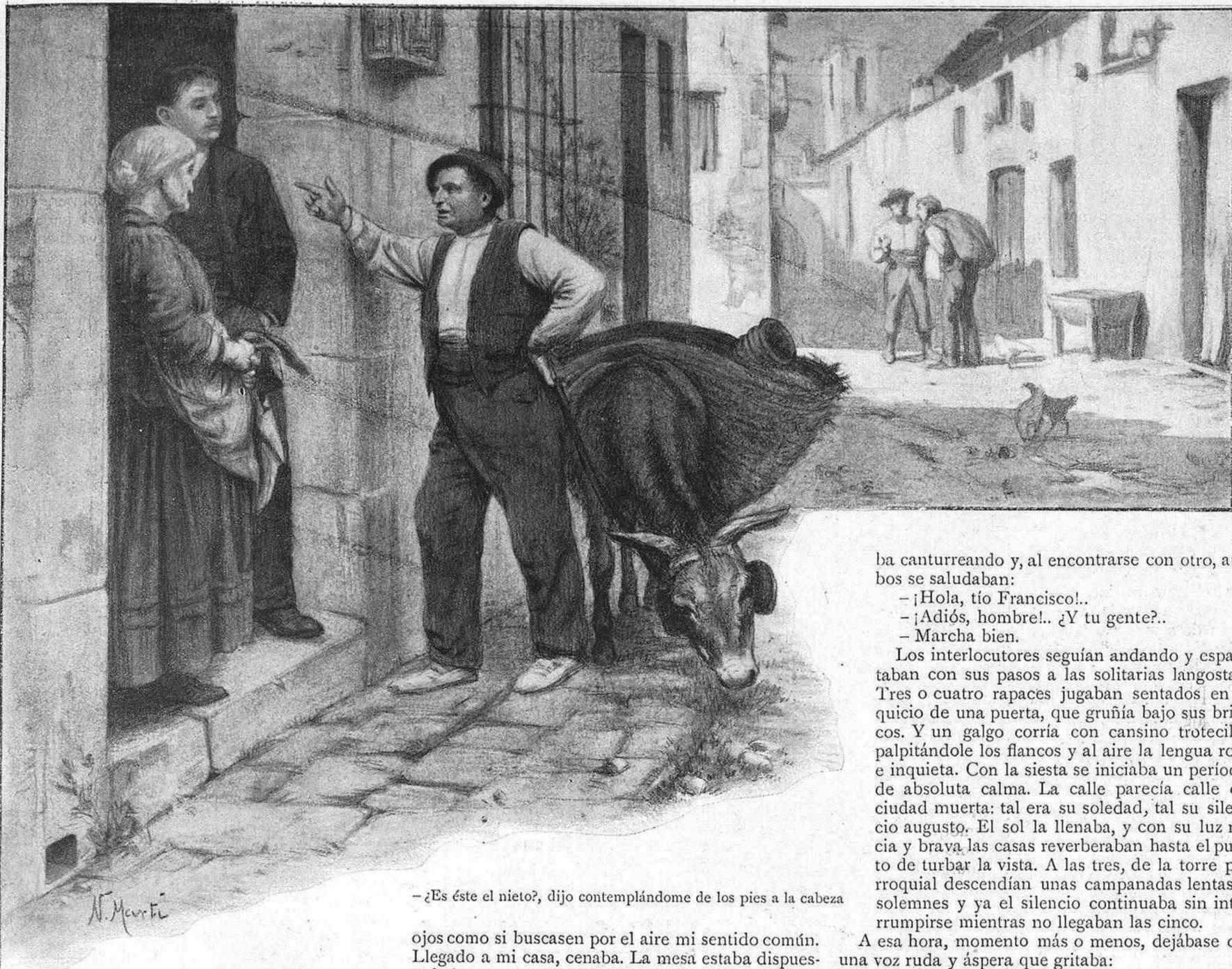
Y, como los elegantes de hoy que se instalan al estilo extranjero, D. Rodrigo de Mendoza transporta a la serranía intransitable lo más adelantado del arte y de la moda: los esplendores del Renacimiento italiano. Logra ser, en esto, el único, cuando menos el primero, y la leyenda, que entonces cundía fácilmente por lo mismo que no era fácil desmentirla con la verdad, debió de correr con veloces alas, y referir portentos de las obras que realizaba el gran señor, a todo lujo, con extraña novedad. Luego, transcurridos ocho años, como dije, ausentóse el magnate de su espléndida y escondida residencia, y, pasados otros pocos, empezó para la Calahorra el olvido.

¿Estará destinada a resucitar en Madrid? ¿Llevará adelante el Marqués de Santillana su proyecto digno de todo encomio?

Bizarra es la empresa, gallardo el gesto, y para tentar a cualquiera la idea de habitar, entre las sociabilidades de la corte, la morada tanto tiempo perdida en la bravia soledad alpujarreña. Y si el marqués no realiza tan airoso plan, consistirá en no ser realizable, por algún obstáculo de esos que no pueden vencerse. No por falta de iniciativa ni de buen gusto, que ambas cosas le sobran al marqués.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL TÍO CACHAZA, POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de M. Martí



M. Martí

-¿Es éste el nieto?, dijo contemplándome de los pies a la cabeza

I

Era yo entonces un mozalbete que pasaba un mes de vacaciones en casa de su abuela, gozando epicúreamente en la amplia mansión del bien ganado reposo.

Vivía mi abuela en un pueblecillo perdido en la mitad de la llanura manchega que con el verano no mostraba ya en esperanza el fruto cierto, como decía el poeta clásico, sino que rendíalo ya opimo y seguro en las eras donde se trillaba y se aventaba el grano, en las huertas rebosantes de frescas y jugosas verduras y en las pomposas y lujuriantes vides y en los olivos hechos humildes con la carga de las menudas aceitunas.

Mi vida no se podía deslizar más ejemplar y tranquila. Se gastaba el día, aparte las horas destinadas al yantar, en leer por las mañanas y la siesta algunos libros de grato esparcimiento, en charlar un rato con las amigas de la casa que acudían de las inmediatas para trabajar bajo la hojosa fronda de la higuera, soberbia en medio del patio, y en salir, cuando ya caía la tarde y el sol perdía su fuerza, a pasear a las afueras por los caminos blancos de polvo y zigzagueantes entre las rastrojeras que parecían de oro bajo la luz indecisa del crepúsculo. Venía la noche y me sorprendía siempre en medio del campo. Sentábame algunas veces a la orilla de una alberca llena de agua, y como el cielo se reflejaba en ella, placíame ver en su temblorosa superficie aparecer las primeras estrellas, y de esta manera me recreaba que eran como flores milagrosas de fantástica pedrería y que no tenía que hacer sino alargar la mano para cogerlas. ¡Quimeras de chico todavía! Como que, cuando encaminaba mis pasos hacia el pueblo, croaban los sapos burlándose de mí, y los perros me miraban despectivos desde las lindes de los huertos y, al emparejar con la primera calle, dos o tres murciélagos pasaban y repasaban ante mis

ojos como si buscasen por el aire mi sentido común. Llegado a mi casa, cenaba. La mesa estaba dispuesta bajo un emparrado y la luz se escondía entre sus anchas hojas de esmeralda. No faltaban los platos substanciosos, ni el vinillo áureo, ni el pan blanquísimo; fresco, lo daba el aire que se deslizaba medrosico y delicado entre las frondas y, por si todo esto era poco, las mil florecillas de los cercanos arriates perfumaban el ambiente. Levantados los manteles, teníamos un rato de sobremesa. La buena anciana gustaba de mi conversación y yo, fiero y orgulloso con mis conocimientos, le hablaba de Historia, de Física, de Química y sobre todo de Astronomía, sin sobrepasar, como es lógico, la ciencia de los libros de texto.

- Sí, abuela, solía decir yo. Con el auxilio de los adelantos actuales, el hombre puede sondear la inmensidad estrellada de los cielos, puede medir y sopesar los astros y puede calcular las distancias que hay entre mundo y mundo. El gran misterio del Infinito medio muestra sus entrañas inconmensurables. El hombre, palpitante y trémulo, asoma a las fauces de este abismo su alma, su inteligencia y su corazón. Y el abismo cada vez se ensancha más y cada vez enseña más hondos senos y más inexcrutables repliegues. A la exaltada interrogación de la mente humana, el Infinito contesta con la melodiosa y nunca turbada armonía de las esferas. ¡Oh!.. Esto espanta, esto asusta, ¿verdad, abuela?..

Pero la abuela, oyéndome, se dormía... Y ésta era la señal para acostarnos.

II

La casa de mi abuela se alzaba en el promedio de una calle digna de especial mención. Casi todas las casas eran blancas con los zócalos o frisos pintados de amarillo, de ocre o de azul. En las ventanas y en los balcones unas cortinas de percal ramado se inflaban como velas a impulsos del viento. La hierba crecía entre los guijarros; junto a las paredes las avispas y las abejas de oro volaban sobre unas campanulas blancas; un viandante avanza-

ba canturreando y, al encontrarse con otro, ambos se saludaban:

- ¡Hola, tío Francisco!..
- ¡Adiós, hombre!.. ¿Y tu gente?..
- Marcha bien.

Los interlocutores seguían andando y espantaban con sus pasos a las solitarias langostas. Tres o cuatro rapaces jugaban sentados, en el quicio de una puerta, que gruñía bajo sus brincos. Y un galgo corría con cansino trotecillo palpitándole los flancos y al aire la lengua roja e inquieta. Con la siesta se iniciaba un período de absoluta calma. La calle parecía calle de ciudad muerta: tal era su soledad, tal su silencio augusto. El sol la llenaba, y con su luz recia y brava las casas reverberaban hasta el punto de turbar la vista. A las tres, de la torre parroquial descendían unas campanadas lentas y solemnes y ya el silencio continuaba sin interrumpirse mientras no llegaban las cinco.

A esa hora, momento más o menos, dejábase oír una voz ruda y áspera que gritaba:

- ¡Cebáaa y panizóoo!..

Y al mismo tiempo el tío Cachaza se presentaba en una esquina. Era un hombre ya entrado en la cuarentena, pequeño, regordote, hasta un poco barrigudo, rasurado de rostro y con los ojos verdes, alegres y penetrantes en el mirar. En el pueblo lo conocían hasta los gatos. Desde su juventud había-se dedicado a la venta callejera de la cebada y del panizo, y con su producto, que debía ser muy escaso, el tío Cachaza había hecho el milagro de casarse y de vivir satisfecho con su suerte. Y cuenta que también tenía que cuidarse de alimentar, *vestir* y alojar a un borriquillo rucio, gran rebuznador y andarín incansable, que le acompañaba continuamente cargado con un serón repleto de la dorada mercancía.

En una ocasión paseábame yo por el portal lleno de grata sombra y agradable frescura, cuando en el cercano zaguán y previo un fuerte aldabonazo en la puerta de la calle, resonó la voz del tío Cachaza:

- ¿Quiere usted algo, nostrama?..

Y salió mi abuela y yo con ella a comprar un clemín de panizo para las gallinas.

- ¿Es éste el nieto?.., dijo contemplándome de los pies a la cabeza.

- ¡Sí! Ha venido a pasar con su abuela una temporada.

- ¡Sea por muchos años!..

- Y tú que lo veas, Cachaza.

- Eso quisiera; pero cómo ya voy siendo viejecillo, difícil es que yo lo vea.

- Tú no tienes de viejo más que la ropa. Y, además, la vida que tú llevas te hará centenario casi casi sin sentirlo. Siempre te he visto igual: tranquilo, sosegado y alegre. ¿A que nada te ha disgustado en este mundo?..

- ¿Y para qué disgustarme, si me iban a dar lo mismo?

- Tienes razón. Y que, siendo rico como tú, los disgustos bien pronto se remedian. Más consuela un duro que un tomo de filosofía.

- ¡Rico yo!.. Se vive y gracias.  
 - ¿Y el vivir te parece poco?..  
 - Le diré a usted...  
 - ¿Me vas a decir que el mes pasado compraste una casita en la calle de las Animas?.. ¡Todo se sabe, Cachaza, todo se sabe!.. Pero lo que me asombra es que con tu negocio se puedan hacer tales milagros.

- Y se hacen todavía más.

- ¡Más!..

- ¡Muchos más!

Al llegar a este punto de la conversación, el tío Cachaza se puso repentinamente serio y continuó:

- Sabrá usted que yo tenía una deuda desde muchos años atrás, deuda muy importante de cuyo pago no podía librarme. Pues con lo que saco de mis ventas vivo como usted sabe, estoy pagando esa trampa y todavía puedo dar algunos dinerillos a rédito.

- No lo comprendo. Te lo digo de verdad.

- Y yo tampoco, agregué ciertamente intrigado por conocer la solución de semejante problema.

El tío Cachaza, vuelto a su aire de sana sarcronería, parecía gozar con nuestra confusión. El borriquillo, ajeno a nuestra charla, se entretenía en despuntar las verdioscuras hierbas que crecían junto a la pared. Cuando agarraba un buen bocado alzaba la cabeza y aspiraba con fruición el vientecillo que venía del campo.

- ¿Conque no lo comprenden?.., dijo el tío Cachaza al cabo de un rato. Pues es muy sencillo... La deuda son mis padres, los cuales, mientras pudieron, me alimentaron y me criaron hasta que llegué a ser un hombre. Ahora ellos son los que no pueden valerse y yo no iba a dejarlos que se murieran de necesidad. Un pedazo de pan que tenga para ellos será antes que para mí.

- Muy bien hecho, muy bien hecho. Así lo manda Dios.

- En cuanto al dinero que doy a rédito es el que me gasto en la crianza de mis hijos. El día de mañana, cuando yo no sirva más que para comer unas poquitas sopas y para dormirme al hilo del sol en invierno, bien se lo cobraré y con creces. Mejor cosecha dan los corazones que los barbechos, ¿verdad, nostrama?

- Ya lo creo, Cachaza...

- Conque ahí tienen ustedes la explicación de todos los milagros que yo hago con la ayuda de mi borriquillo.

En este instante el rucio rebuznó alta y sonoramente, mientras que por su piel corrían leves estremecimientos.

El tío Cachaza se despidió de nosotros y se marchó calle abajo.

Al llegar a la esquina repitió su acostumbrado pregón:

- ¡Cebáaa y panizóoo!..

Y no sé por qué efecto de óptica mental parecióme que su achaparrada figura adquiría una excepcional importancia.

## III

Mi abuela y yo fuimos en seguida a dar de comer a las gallinas, y mientras éstas picoteaban ávida-

abrían sobre la tumba de mi abuela, lirios pomposos sobre la del tío Cachaza. Y me pareció que las flores, por medio del céfiro murmurador, charlaban como en aquella plácida tarde que muchas veces revivo con el recuerdo...



La condesa Adelaida y Pedro Damian, cuadro de Salvador Postiglione existente en la Galería de Arte Moderno, de Roma. (De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)

mente el panizo desparramado por el suelo, la buena anciana me dijo:

- El tío Cachaza no es como las gárrulas cañas, todo lozania por fuera y todo vaciedad por dentro. Recuerda al higo chumbo que, bajo su exterior rudo y espinoso, tiene las entrañas suaves y dulces como la miel. Además, desempeña admirablemente su papel de padre de familia, que consiste en ser como un puente de amor tendido sobre el cauce de la vida entre dos generaciones: la de los abuelos, que ya están al cabo de la jornada, y la de los nietos, que comienzan a caminar por sus senderos.

Yo me distraje con unos murciélagos que empezaron a trazar tortuosos vuelos sobre nuestras cabezas y me dediqué a perseguirlos con una toba, de cuyos golpes se burlaban a su sabor.

Han transcurrido muchos años. Hace pocos meses tuve ocasión de visitar el cementerio de aquel pueblo perdido en la llanura manchega. Rosas se

administradores de la *National Gallery* entablaron negociaciones para adquirirla e hicieron a lady Desborough la oferta de 1.750.000 pesetas; pero esta proposición, aun siendo tan tentadora, fué rechazada y poco después la *Madona* había pasado a poder de los señores Duveen, quienes pagaron por ella, según parece, dos millones y medio de pesetas. Desde aquel momento nada podía evitar que la preciosa pintura corriese la misma suerte que han corrido tantas obras maestras conservadas hasta hace poco tiempo en las mansiones aristocráticas inglesas.

Y efectivamente, la *Madona* fué adquirida por el citado multimillonario por el precio exorbitante que dejamos dicho.

La galería que en Nueva York posee Mr. Widener es una de las más suntuosas que existen en la América del Norte y en ella figuran, entre otros tesoros artísticos, la obra de Rembrandt *El molino*, que antes hemos mencionado. - T.

## LA MADONA

DE PÁNSHANGER

CUADRO DE RAFAEL

(V. la lámina de la pág. 173.)

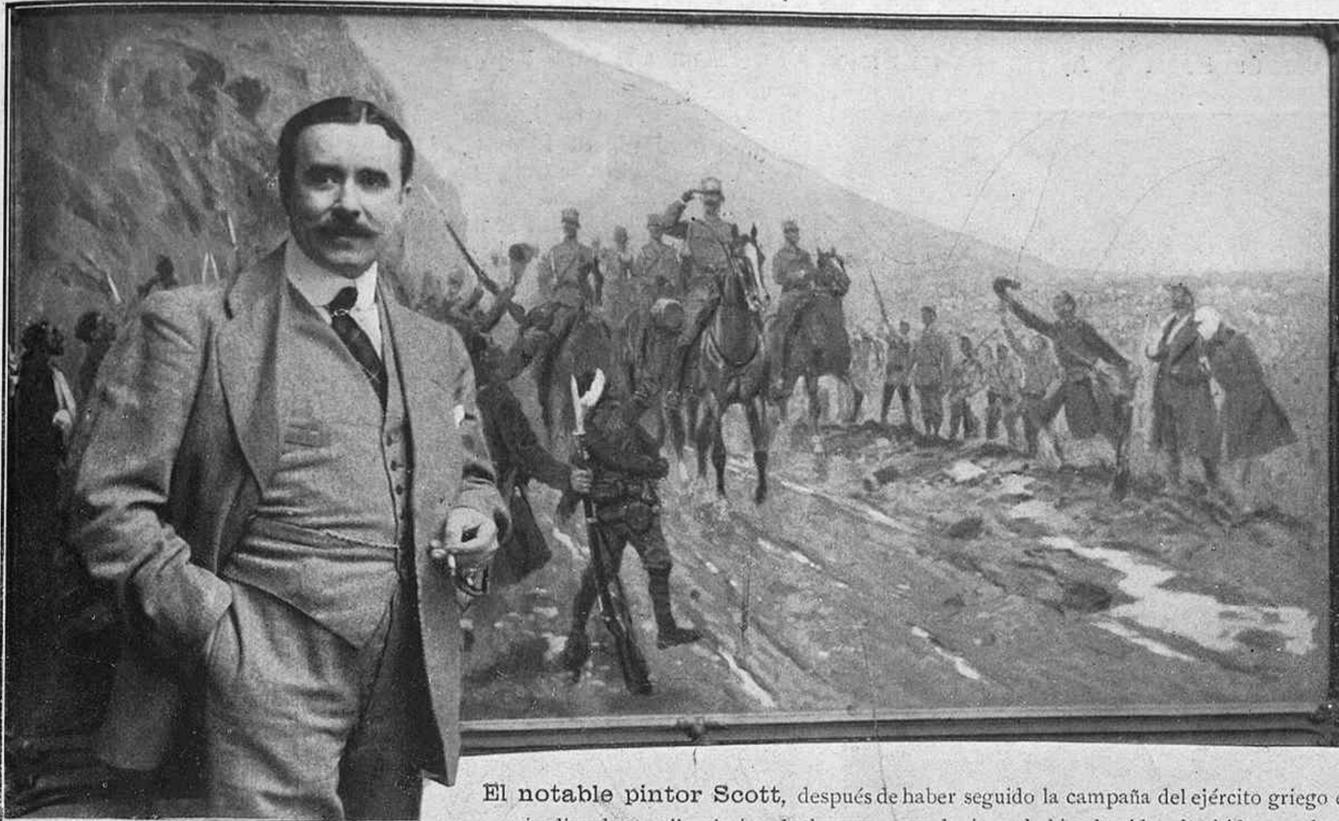
Un multimillonario norteamericano, Mr. P. A. B. Widener, «el rey de la electricidad», ha adquirido recientemente en el establecimiento de los célebres marchantes de cuadros señores Duveen hermanos, de Londres, la *Madona* de Rafael que reproducimos en la página 173 y por la cual ha pagado 140.000 libras esterlinas, o sean 3.500.000 pesetas.

Este es, al presente, el cuadro que más caro se ha pagado, pues los que hasta ahora batían el *record*, por decirlo así, que eran *El molino*, de Rembrandt, y el *Retrato de Franz Hals y su familia*, pintado por Franz Hals, no habían costado más de dos millones y medio.

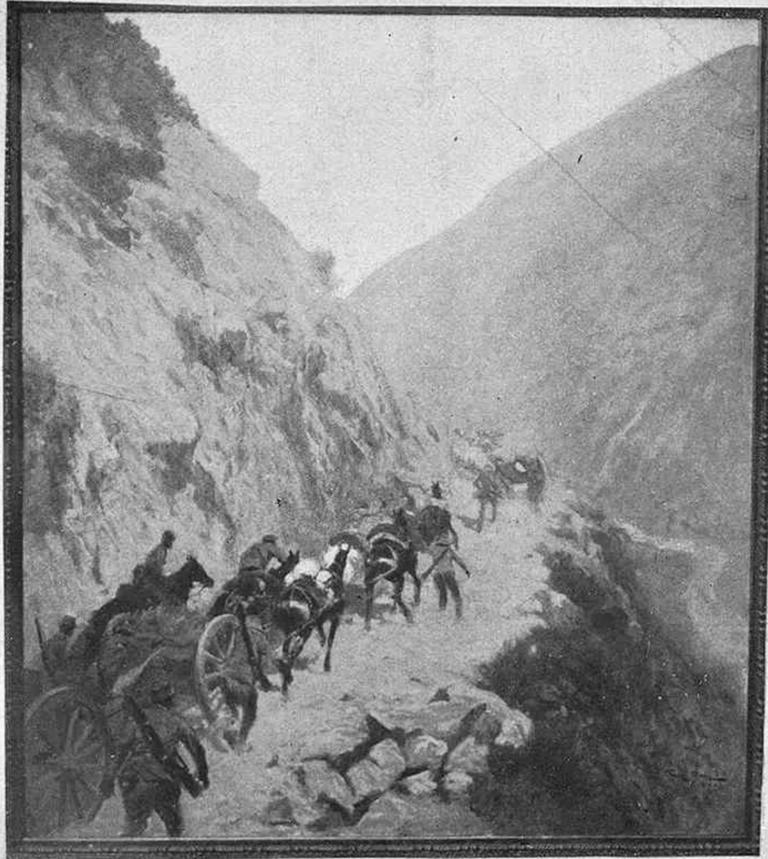
Este Rafael, que, como tantas otras obras maestras, ha pasado el Atlántico, es, por lo demás, una obra ilustre, conocida con el nombre de *Madona de Còwper*, o mejor *Madona de Pánshanger*, del nombre del castillo señorial de los lores Còwper que la guardaba desde hacia ciento treinta y cuatro años. Habíala adquirido, junto con otra obra del maestro de Urbino, el tercer conde de Còwper, ministro de la Gran Bretaña en Florencia.

Es una pintura de reducidas dimensiones, pues sólo mide 68 x 45 centímetros.

El año pasado, por muerte de lady Còwper, viuda del último lord de este nombre, la *Madona de Pánshanger* pasó a ser propiedad de lady Désborough, heredera de la fortuna de los Còwper; y por un tiempo pudo acariciarse la esperanza de que obra tan inestimable no saldría de Inglaterra. Los



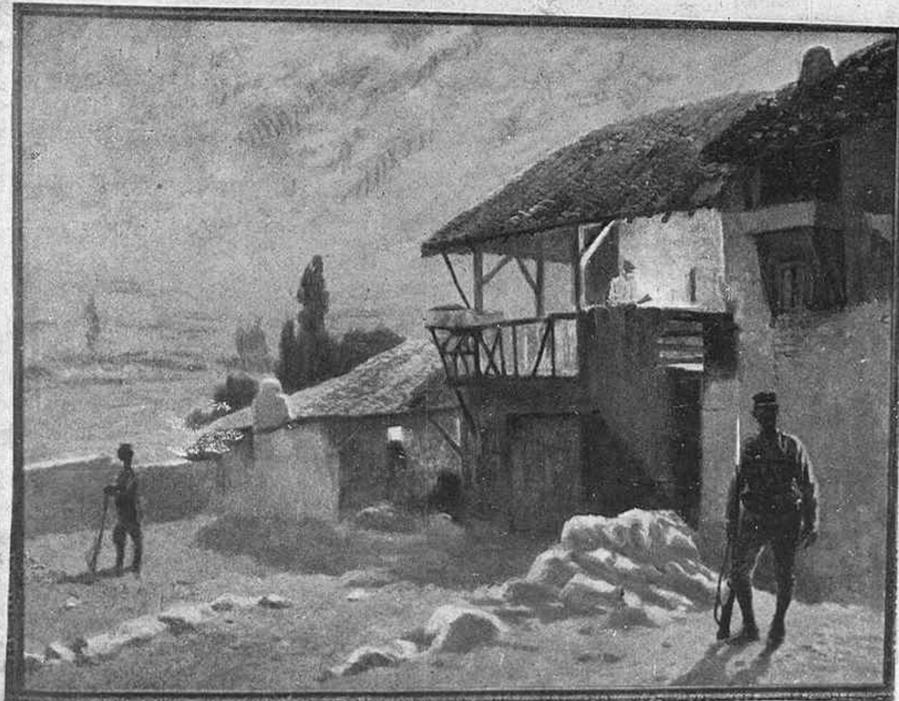
El notable pintor Scott, después de haber seguido la campaña del ejército griego en la última guerra, ha pintado los principales episodios de aquella gloriosa lucha, que reproducimos, habiendo sido adquiridos muchos de estos cuadros por la familia real griega.



Artillería griega pasando un desfiladero



Euzono herido



Una noche en el campamento real griego



Soldado griego

(De fotografías de Harlingue.)

## EL ESCULTOR FRANCÉS EMILIO A. BOURDELLE Y ALGUNAS DE SUS PRINCIPALES OBRAS



Busto del escultor Carpeaux

El escultor Bourdelle, una de las más eminentes figuras del arte plástico francés contemporáneo, ha sentido siempre el encanto de los grandes primitivos. Ama los gestos hieráticos de los monumentos egipcios; admira los gigan-



Drama íntimo

tescos bajos relieves del arte asirio y rinde culto como fuente de inspiración a las obras arcaicas de los griegos. Y sin embargo, siente también un impulso fantástico que le atrae hacia la riqueza infinita de las catedrales góticas, le hace

extasiarse ante las imágenes barrocas y ha determinado en él ese gran matizado de formas para el cual le ha servido de modelo su maestro Rodín, de quien ha tomado la prodigiosa veracidad respecto de la naturaleza.

Con su exquisita sensibilidad de expresión, nos lleva a lo más hondo de su arte, nos hace penetrar todo el sentimiento de sus figuras. Lo que forma, sea un cuerpo, sea un ropaje dentro del cual aliente un cuerpo, sea una cabeza, una mano, un pie, adquiere una misteriosa expresión de vida; no hay en sus obras nada muerto, nada vacío, sino que todo está hecho con el mismo raudal de energía y de amor.

Bourdelle tiene, como pocos artistas, el afán de la perfección,



El escultor Carpeaux en traje de trabajo

de tal manera, que invirtió trece años en estudiar y modelar un busto de Beethoven, haciéndomuchos ensayos parciales hasta llegar a la obra definitiva, que es, en verdad, una obra maestra, en la cual se funden en armónica síntesis los caracteres distintivos del músico inmortal.

Una de sus esculturas más celebradas es la estatua de su colega Carpeaux, que adjunta reproducimos con el busto del propio artista, que sirvió de labor previa para la figura monumental. En ella Carpeaux está de pie; tiene en una mano una estatuita y en la otra un puñado de barro y lleva la blusa de taller. La testa es admirable; el conjunto, majestuoso y de una naturalidad y una fuerza de expresión imponderables.

Hermoso es también ese otro busto, *Drama íntimo*, que reproducimos, de una intensidad de sentimiento maravillosa.

Bourdelle está dotado, además, de un verdadero sentido arquitectónico y así lo ha demostrado en las esculturas que adornan la fachada del Teatro de los Campos Elíseos de París. El modo como ha dado un ritmo intenso a las figuras de los bajos relieves y como ha sabido infundir en ellas el movimiento de la Danza, el paroxismo de la Música y la gracia de la Comedia, sin perjudicar en nada el reposo de la composición, sin destruir en lo más mínimo la armonía del espacio, demuestran sus aptitudes especialísimas para la escultura monumental. El grupo de la fachada principal es también de Bourdelle; representa a Apolo y las Ninfas y es un verdadero portento de movimiento y de vida.

En la obra de Bourdelle se reconocen fácilmente esculturas de carácter antiguo y otras de inspiración gótica. Entre las primeras pueden citarse su extraña *Vendedora de flores* y *La escultora en el trabajo*; a las segundas pertenecen, entre otras, la titulada *Los combatientes* y la estatua de Carpeaux de que antes hemos hablado.

Otra de sus esculturas notables es un busto de Ingres, de estilo algo barroco, pero revelador de un ardiente temperamento; es por su vigorosa expresión, por la vida que respira, un retrato plástico modelo.

Bourdelle cuenta actualmente cincuenta años; es, pues, joven todavía. Durante su carrera ha podido obtener muchos triunfos fáciles, porque desde un principio demostró las mayores disposiciones para el arte; pero él ha sabido desdenar todo lo que pudiera haber conseguido sin grandes esfuerzos y ha preferido tomar siempre el camino más difícil.

Esta es una garantía de la gloria futura que a su genio está reservada.

ACTUALIDADES ARTÍSTICAS. - DOS CUADROS DE RAFAEL RECIENTEMENTE DESCUBIERTOS EN NÁPOLES

LA EXPOSICIÓN DE LA «PRÓBITAS» EN ROMA. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)



El Padre Eterno y La Virgen ofreciendo una corona, cuadros de Rafael recientemente descubiertos en Nápoles

*Dos cuadros de Rafael.* - El ilustre e infatigable director del Museo de Nápoles, el profesor Víctor Spinazzola, ha enriquecido recientemente la pinacoteca de aquel Museo con dos cuadros de Rafael de extraordinaria importancia, puesto que representan la primera obra del divino artista que en otro tiempo habían formado un solo cuadro de proporciones grandiosas pintado por él para la iglesia de San Agustín en la «Città di Castello».

El fragmento mayor de dicho cuadro había sido atribuido hasta ahora a la escuela del Perugino, pero se ignoraba que el discípulo que lo había pintado era el propio Rafael, en aquella sazón muy joven. Mide 1,12 metros de alto por 0,75 de ancho, y se compone de tres tablas casi iguales, unidas en el sentido de la anchura. La preparación de yeso está hecha sobre tela basta.

El Padre Eterno, representado de medio cuerpo, está en una especie de óvalo de color amarillo dorado; a su alrededor vuelan serafines. Tiene en sus manos una corona de lirios adornada con topacios y rubíes; sus cabellos son rubios con algunos hilos plateados y los ojos oscuros, y está con los párpados bajos. La túnica es de color castaño oscuro, el manto rojo claro y el fondo de un azul pálido.

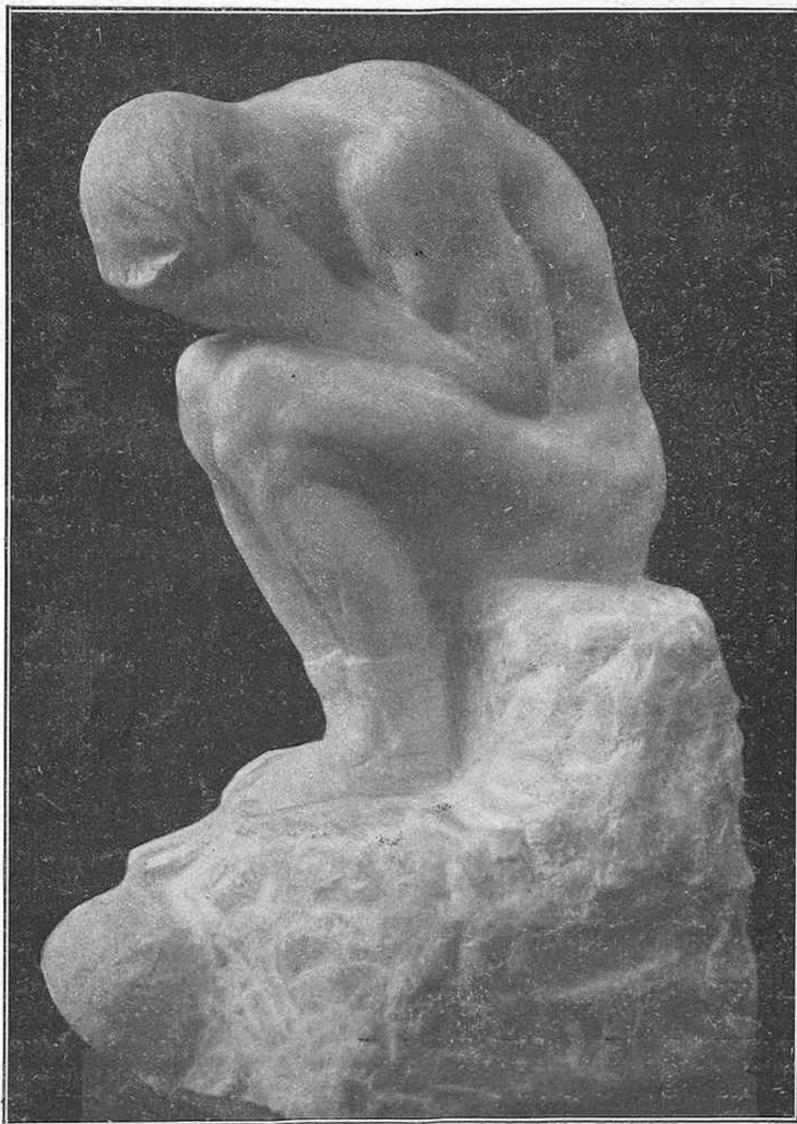
El fragmento más pequeño representa a la Virgen ofreciendo la corona; estaba a la derecha del Padre Eterno y fué descubierto recientemente en uno de los numerosos almacenes de depósito del Museo Nacional de Nápoles. La tabla mide 0,51 metros de alto por 0,41 de ancho.

La Virgen, que ofrece la corona de lirios, inclina suavemente la cabeza hacia la derecha y tiene los ojos medio cerrados; va tocada con un manto azulado, orlado de palmitas de oro.

No hay duda alguna de que estas dos telas pertenecen al gran cuadro de Rafael, pues la preparación de la tela y todos los detalles corresponden al dibujo original de Rafael publicado por Fischer y que ha permitido recomponer toda la tabla siguiendo las líneas interrumpidas. El arco, que está detrás de la cabeza de la Virgen, se une perfectamente con el que descende detrás del Padre Eterno, y los adornos son en ambos semejantes.

En el fragmento del Padre Eterno hay la cabeza de un serafín cuyas alas múltiples se entrevén en el lado derecho del fragmento de la Virgen.

Estos pormenores y otros muchos técnicos que sería muy largo enumerar, confirman indiscutiblemente que las pinturas son la obra juvenil de Rafael.



El esclavo, escultura de Juan Niccolini que figura en la Exposición del grupo de artistas «Próbitas», recientemente inaugurada en Roma

Según parece, las dos tablas, descubiertas en Roma en el Ghetto (barrio de los judíos) por un soldado ferviente católico y depositadas en la iglesia de San Luis de los Franceses, fueron restituidas, con otras obras de arte, por Pío VI a los emisarios de su amigo el rey Fernando IV de Nápoles.

*Roma. Exposición de la Asociación «Próbitas».* - Hace pocos días S. M. el Rey Víctor Manuel III de Italia inauguró oficialmente la Exposición de Bellas Artes organizada por la Sociedad de los *Amatori e Cultori* de la cual forma parte la exhibición de un grupo de creación reciente, denominado «Próbitas» y debido a la iniciativa del reputado artista Mazzini Beduschi.

La «Próbitas» ha reunido obras seleccionadas por invitación y que no serán sometidas al juicio de ningún jurado, y a juzgar por esta su primera manifestación, puede afirmarse que ha tenido un éxito grandísimo y augurarse un porvenir brillante.

Refiriéndose a la Exposición de «Próbitas» ha escrito un reputado crítico artístico en uno de los principales diarios de Roma:

«Hay en esta Exposición obras de Dal P'oca Bianca, que nos hacen apreciar cada vez más a ese nobilísimo artista; de Sartorio, de Emma Ciardi, de Balla, de Selva, etc. Hay esculturas de Niccolini, que dan a la exhibición un valor artístico más elevado, trabajos siempre admirables de Brozzi, objetos de plata cincelados de Benedetti, paisajes de la Pulla pintados por Romano.

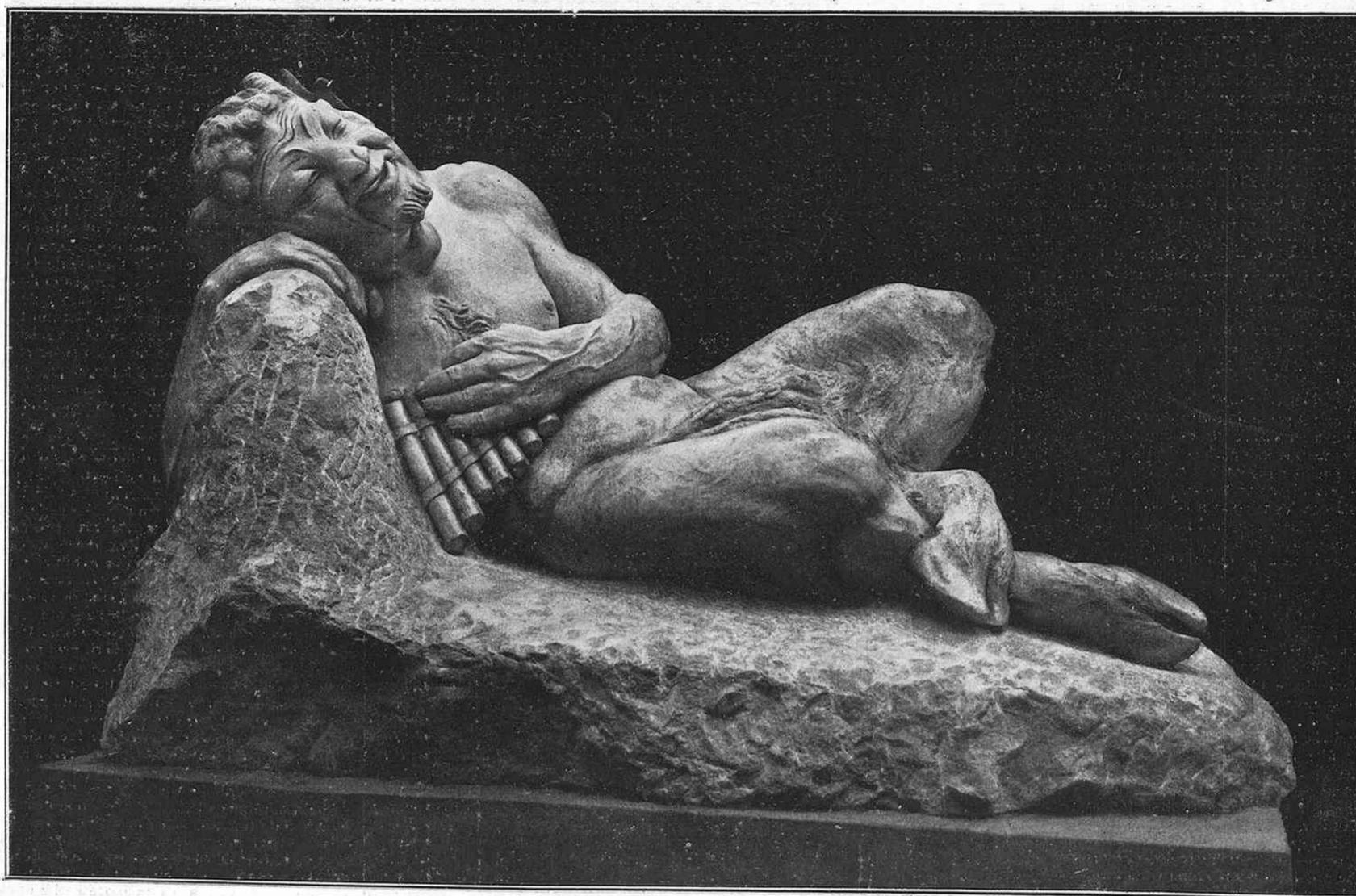
Finalmente la «Próbitas» nos reservaba la revelación de un artista hasta ahora desconocido, oriundo de Cerdeña, Pedro Maru, que demuestra, con cuatro trabajos pintados sobre madera, un soberbio temperamento de artista, un sentimiento intensísimo de la luz y de los colores. Estas obras las destinaba Maru a la próxima Exposición Internacional de Venecia y ha sido un verdadero triunfo para los organizadores de «Próbitas» haber logrado que Roma disfrutase de tan agradable primicia.

Esta primicia, a su vez, ha tenido el honor de haber sido expuesta en una exhibición que bien merece ser incluida entre las mejores que de muchos años a esta parte se han celebrado en Roma, dejando aparte, por supuesto, la de Valle Julia que, como es ya tradicional, reviste excepcional importancia.»

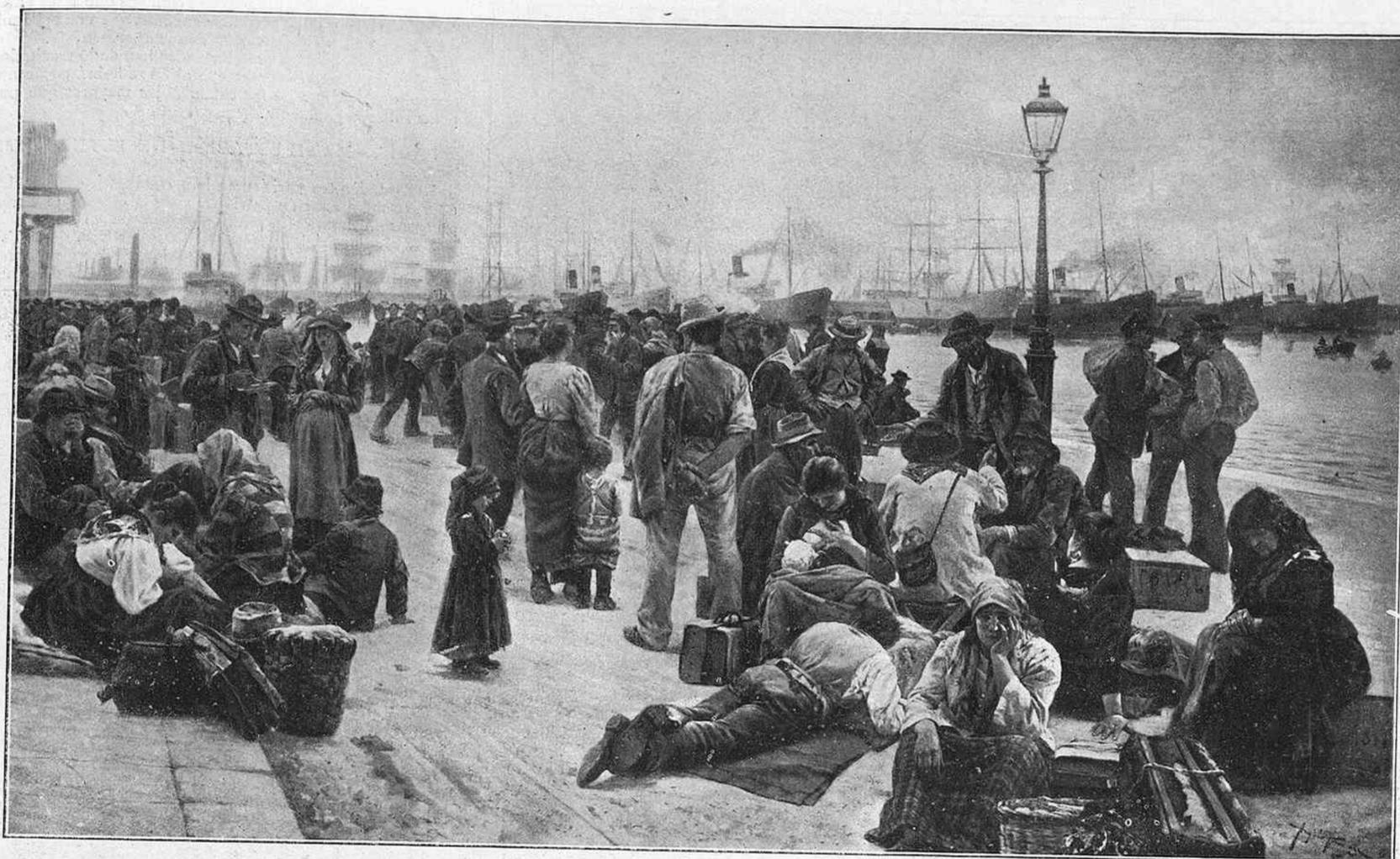
Entre las obras expuestas en la exhibición de «Próbitas» figura en lugar preferente la hermosa escultura de Niccolini que el adjunto grabado reproduce. - C.



ALEGRÍAS INFANTILES, cuadro de Juan Baixas. (Salón Parés.)



EL SUEÑO DEL FAUNO, escultura de Juan Braun



EMIGRANTES, cuadro de Angel Tomasi existente en la Galería de Arte Moderno, de Roma  
(De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)



EN LA CELDA, cuadro de Joaquín Toma. (De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)

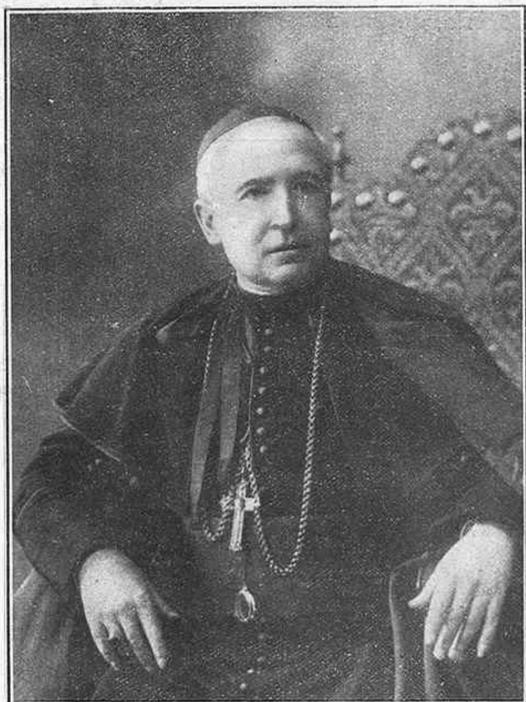


México. - Los generales constitucionales Villa y Ortega conferenciando con el agente de los Estados Unidos Mr. Gray. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

DE MÉXICO

El fusilamiento en Ciudad Juárez del súbdito inglés Guillermo Benton ha causado profunda emoción en todo el mundo civilizado y muy singularmente en Inglaterra.

El llamado general Villa, que era el jefe que mandaba en aquella ciudad, ha explicado el hecho diciendo que Benton entró en su despacho y en el curso de la discusión que con él



El Excmo. e Ilmo. Dr. D. José María Salvador y Barrera, obispo de Madrid Alcalá, cuya recepción en la Academia de la Historia se efectuó el día 1.º de este mes. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

sostuvo sacó un revólver e intentó disparar contra él. Entonces sus ayudantes se precipitaron sobre el inglés y lo desarmaron. Inmediatamente fué sometido a un consejo de guerra que lo condenó a muerte por atentado contra el general, y dos horas después Benton era fusilado.

Otra versión dice que Benton acudió a Villa para protestar de las expoliaciones de que había sido objeto por parte de sus soldados, que aquél le abofeteó y que él quiso contestar a la agresión, siendo entonces detenido, juzgado y ejecutado.

Y no falta quien asegure que no hubo intento de agresión por parte de Benton, sino que éste fué vilmente asesinado.

Esta última versión parece adquirir cada día más visos de certeza, a lo que ha contribuido la resistencia opuesta por Villa a que el cadáver de Benton fuese exhumado y sometido a una autopsia.

La prensa inglesa comenta el suceso en los términos más enérgicos dirigiendo duros ataques al Gobierno de los Estados Unidos que con su actitud y la protección que dispensa a los insurrectos, es el principal causante de las tropelías que en México cometen sus protegidos; y el Gobierno inglés se ha limitado a entrar en negociaciones con el de Washington para poner en claro el caso de Benton. Pero hasta ahora nadie habla de tomar las medidas necesarias para impedir que actos semejantes se reproduzcan y para restablecer la normalidad en México.

Y los Estados Unidos continúan favoreciendo a los constitucionales y tratando con ellos por medio de sus representantes y agentes, como puede verse en el adjunto grabado en el que se ve al agente norteamericano Mr. Gray departiendo con los generales insurrectos Ortega y Villa.

EL OBISPO DE MADRID - ALCALÁ

EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Con gran solemnidad efectuóse el día 1.º de este mes en la Real Academia de la Historia la recepción del ilustre y sabio prelado, D. José M.ª Salvador y Barrera, obispo de Madrid-Alcalá.

El acto fué presidido por S. M. el Rey, y en él estuvieron representados el Gobierno y el alto clero, habiendo asistido también al mismo las más ilustres personalidades del mundo científico y de la alta sociedad.

El discurso del nuevo académico versó sobre «El Padre Flórez y su *España Sagrada*», y en él puso de relieve el ilustre prelado su sólida cultura, su dominio de las ciencias eclesásticas, su elevado espíritu crítico, sus sentimientos de español y su estilo correcto, galano y límpido. En él se hace un estudio completo y profundo de la vida y de la obra del insigne agustino P. Flórez, fijándose especialmente en la *España Sagrada* y haciendo sobre la trascendencia y significación de la misma admirables consideraciones.

A continuación el Sr. Fernández de Bethencourt, académico de número y censor de la docta corporación, contestó al nuevo académico con otro discurso notabilísimo, saludando al obispo de Madrid-Alcalá, elogiando el hermoso trabajo por éste leído y reseñando los muchos merecimientos que atesora y ponderando los grandes servicios por él prestados a la Iglesia y a la Patria.

Los dos discursos fueron sumamente aplaudidos y valieron muchos plácemes a sus autores.

El acto terminó imponiendo S. M. el Rey la medalla de la Corporación al nuevo ilustre académico.

EL PROFESOR DR. BRIEGER

La prensa alemana se ocupa con gran elogio del descubrimiento realizado por este sabio profesor, de un específico contra las epizootias de las enfermedades del ganado.

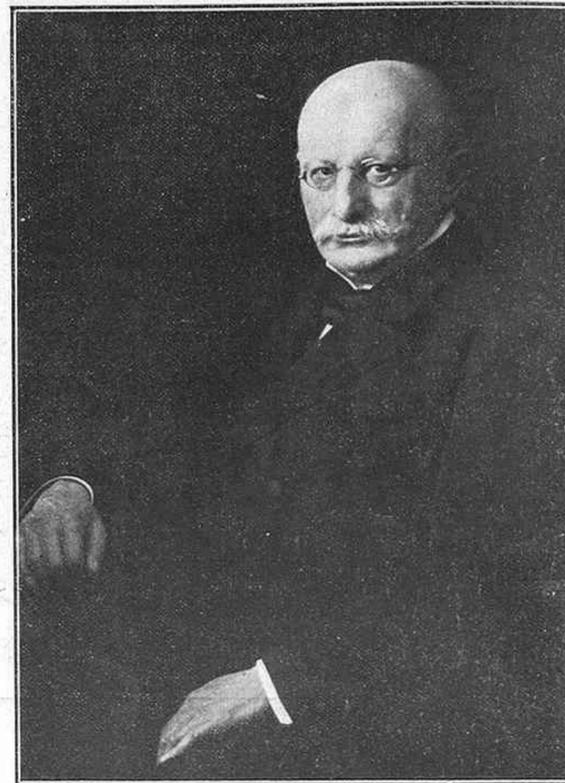
Basta enunciar esto para comprender la importancia del hecho, pues sabidos son los terribles estragos que tales enfermedades ocasionan y las pérdidas inmensas que una epidemia de éstas causan en las comarcas en donde aparecen.

Las pruebas hasta ahora efectuadas han dado resultados excelentes y permiten esperar que al fin se habrá encontrado el remedio contra una de las calamidades mayores que pueden pesar sobre la ganadería.

PARÍS. - MANIFESTACIÓN DE ESTUDIANTES

Los estudiantes parisienses han efectuado, como todos los años, su manifestación patriótica ante la estatua de Estrasburgo que se levanta en la plaza de la Concordia.

Los alumnos del Politécnico, de Saint-Cyr, de la Escuela central, de la Escuela normal superior, de las clases preparatorias de las demás escuelas superiores, de las diferentes facultades, de los liceos y colegios, en número de algunos millares, reunieron en la plaza de la Sorbona y se dirigieron con orden perfecto a la de la Concordia, en donde los esperaba una multitud inmensa.



El consejero privado profesor Dr. Brieger, que ha descubierto un específico contra las epizootias de enfermedades contagiosas del ganado. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Los diversos grupos se detuvieron sucesivamente delante de la estatua de Estrasburgo; los estudiantes se descubrieron, las banderas de las delegaciones se inclinaron y los que llevaban las coronas fueron a depositarlas en el monumento, que quedó enteramente cubierto, mientras el público prorrumpló en estrepitosos aplausos.

Una parte de los manifestantes se encaminó luego a la plaza de Clichy, colocando allí varias coronas al pie del monumento del general Moncey, en conmemoración de la heroica defensa de París en 1814.



París. - Manifestación de los estudiantes delante de la estatua de Estrasburgo. Grupos de los delegados de las diferentes escuelas en la Plaza de la Concordia. (Fot. Rol.)

# AMBROSINA (CADET OUI-OU)

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR CLAUDIO LEMAITRE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

- Sí, su obligación; por usted se me escapó la barca y he pasado tres días en la prisión. Si usted me hubiese dado un beso cuando se lo pedí, a estas horas me encontraría lejos. Con más pena que alegría me acordé de usted estando en el calabozo. ¡Quién iba a decir que volvería a encontrarme con usted y le hablaría con gusto!..

- ¡Con gusto!.., exclamó Ambrosina; ¡con gusto! ¡Pues todavía no estoy decidida a besarle hoy!..

- No pido nada más, dijo Pedro. Usted está disgustada y yo contento, pues me consuelo porque el viento y el humor de las jóvenes cambian pronto. Si no es hoy, como usted dice, será otro día. Pero ya hemos llegado y la dejo. Adiós, que usted lo pase bien y hasta la vista.

- Hasta la vista, Pedro.

La casa estaba allí, delante de ellos.

El tiempo había pasado tan rápidamente y habían medido tan poco la longitud del camino...

Se les figuraba que el tiempo mismo había marchado delante de ellos.

Mientras Pedro se alejaba, Ambrosina suspiró.

Era preciso entrar pronto.

La vieja Papín, en pie detrás de la puerta, esperaba a su hija. Por saludo, Ambrosina recibió una buena bofetada.

- ¡Ya verás tú lo que te va a pasar si das oído a los jóvenes! Un día de éstos te voy a avergonzar delante de todo el mundo. Y esta noche, tu hermana va a la feria; la cena debe estar lista temprano; ¡te lo advierto!..

María Papín arrancó a su hija el saco y el cesto. Decidió que se comerían los cangrejos y las almejas por la noche, y Catalina vendería las ostras a sus clientes.

Ambrosina había recibido muchos sopapos. Habitualmente se frotaba la mejilla y olvidaba el golpe; pero, esta vez, las palabras de su madre le abrazaban el alma más que la mano seca sobre su tierna piel. La niña castigada se sublevaba. Su hermana iría a la feria a divertirse, a ver algún novio... Todo era para Catalina.

Y para la pobre Ambrosina, no quedaba nada. ¿Nada?.. Nada más que el mar, las rocas negras, y ni siquiera esto, puesto que ahora la madre la encontraba bastante grande para privarla de libertad.

¡Ah!, ¡no!, Ambrosina se rebelaba al fin. Hubo en ella como un hervor de su sangre viva, llena del mar de furias repentinas. No seguiría sometida y la gente vería lo que ella era capaz de hacer.

Cogió las ostras y la cesta sin decir una palabra, y se dirigió hacia la puerta ante su madre casi asombrada.

- ¿Adónde vas?, preguntó María Papín.

- Tengo mi idea, contestó Ambrosina con mucha calma. Estoy harta de trabajar sin provecho y de que me peguen por añadidura. Quiero que me traten como a las demás jóvenes de mi edad. La feria, el baile, los atavíos para Catalina, muy bien... y para Ambrosina nada... ¡No aguanto más!..

- ¡Quieta aquí!, ordenó su madre.

Pero la chiquilla se le escurrió de las manos y se fue corriendo a la ciudad.

La madre entró en su casa y se encogió de hombros. ¿A qué inquietarse? ¡Más que un largo sermón, el aire libre calma el mal humor de las muchachas!..

## VIII

Bajando la colina, Ambrosina daba vueltas a su idea. El cesto y el saco contenían cangrejos que valían... ¿Cuánto valdrían?..

Al menos quince céntimos cada uno, juzgó la chiquilla, y en cuanto a las ostras, no las cedería sino una por una. ¡Eran tan grandes!.. Una sola contenía

Ambrosina guardaba en el fondo un gran amor propio de juventud, debido a su infancia salvaje y ruda. El último recurso era pasearse lentamente por las calles de Thiers y Victor Hugo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

- ¡Ostras y cangrejos frescos!

¡Ambrosina abrió la boca para ensayar su voz, pero el grito «¡ostras y cangrejos frescos!» se le quedó en el fondo de la garganta.

La timidez, hada maliciosa, desarma a los ánimos más resueltos.

Entonces Ambrosina volvió la cabeza hacia el barrio de la marina. Allí, en medio de los suyos, se encontraría más a sus anchas.

Las calles en forma de escaleras con sus casas estrechas y profundas, las piedras grises, los harapos rojos puestos a secar en las ventanas y que ondeaban como velas, barreños colocados familiarmente en los escalones y en los cuales se desalaba el bacalao, y los niños, morrala ágil como langostinos en agua viva, y las madres activas que batían en las tinas el agua jabonosa, parecida a la espuma del mar, todo aquello era el elemento natural de Ambrosina, que circulaba por aquel barrio como una pequeña anguila que busca su comida en las tranquilas aguas de un puerto.

Vendería su pesca menos cara que a ricos burgueses, pero daría con menos angustia su primer paso hacia la fortuna; más tarde, cuando estuviese más segura de sí misma, adelantaría más y alcanzaría seguramente la fortuna en el recodo más corto del camino.

Al pasar cerca de la fuente, Ambrosina se detuvo, y para cobrar ánimo, bebió un sorbo de agua en el cubilete de hierro.

El agua pasaba produciendo una dulce sensación de frescura. Era buena y no costaba nada.

¡Ah!.., los zapatos finos, los chales azules, las gracias de la bella Catalina, la admiración de las gentes, la conquista de un novio no se obtenían con tanta facilidad como el agua límpida de una fuente.

Resistente contra el mar, Ambrosina tenía aún el pie ágil y el alma pura; pero, ¿qué significan semejantes cualidades de niña cuando se trata de convertirse en una muchacha?..

Pedro le había dicho:

- Hay que dejar de ser una chiquilla para ser una muchacha.

Ambrosina bebió otro sorbo. Aquí se bebía a saciedad. ¿Qué fuente generosa manaría en su pecho, hasta el fondo de su corazón para ahogar su pena de ser una chiquilla, una humilde y orgullosa chiquilla?

Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar que una pescadera debía mostrarse amable y gentil con todo el mundo. Para consolar su orgullo, Ambrosina apeló a la vanidad. Esta pensó en seguida en el dinero ganado y gastado, en Catalina y en la vieja Papín que diría pronto:

«Ambrosina no es manca... ni para vestirse, ni para el baile, ni para todo lo que seduce y retiene a un joven cerca de una muchacha a quien admira.»

¿Pero un mozo que exige tanta bajeza de la que él ama merece acaso su amistad?..

¡Seguramente que no!..

De pronto Ambrosina detestó a Pedro.

Huiría de él, se construiría una choza donde nadie la encontraría.



... y la pesca ocupaba tanto a la muchacha...

una docena de esas pequeñas ostras de Archacón devoradas por la clientela tonta de la bella Catalina...

¡Y todo aquel dinero que, dentro de poco, sonaría en el bolsillo de Ambrosina!..

En su imaginación ya lo contaba, y pensaba también en el placer de gastarlo. Se compraría zapatos finos, y un chal de seda con fleco. Iría al baile bien vestida. Bailaría con jóvenes que luego la convidarían a comer patatas fritas y barquillos que ella se llevaría a la boca con gestos de desgana. En fin, se volvería una buena muchacha, según el deseo expresado por Pedro Malot.

¡Ambrosina veía evolucionar a sus ojos una chiquilla transformada en una señorita!.. ¡Qué bonita y qué amable estaba así!.. Pedro la invitaba para el vals; ella bajaba los ojos, sonreía, él la arrastraba en sus brazos y ella daba vueltas con la ligereza de una diosa, como las que se ven en el teatro.

Entregada a su sueño, Ambrosina marchaba con la nariz levantada, y sus pies descalzos tropezaron con la acera. ¡Ay!.. ¡Dolorosa prueba!.. La joven se consoló en seguida de un daño que no alcanzaba a su mercancía. Aquel minuto de parada dió a su entusiasmo el momento de reflexionar.

¿Cómo vender aquellas ostras y cangrejos?..

Los cangrejos cocidos se despachaban fácilmente ofreciéndolos a las obreras que salían de las fábricas de plumas a medio día. Ambrosina no llevaba pimienta ni fuego en el bolsillo para dar a aquellos hermosos crustáceos el color rojo de fuego...

Había las puertas de la pescadería, donde las almejas proponen su cosecha a clientes económicos. La pescadería pertenecía a la bella Catalina, y Ambrosina no arrostraría las burlas que su hermana no dejaría de propinarle al verla convertida en pescadera.

¿Llamaría directamente a las puertas de las casas burguesas para preguntar a las criadas:

- Quieren ustedes comprar cangrejos y ostras, todo muy fresco?

No; Ambrosina no se atrevería a presentarse así, como una mendiga que pide dinero o una niña que espera un aguinaldo.

Estaría perdida para todo el mundo, pero no para ella.

Ambrosina sería el universo, el mundo, la felicidad de Ambrosina. Sería más poderosa que una reina, sería universal, única indispensable a sí misma.

Ambrosina levantaba al cielo su cabeza ardiente y una brisa ruda, fresca, que venía del mar, le acarició el alma y el cuerpo. La brisa marina venía de lejos; pero también, en sí misma, el viento de la rebeldía que soplabla producía grandes olas.

Ambrosina conocía todos esos placeres orgullosos que compensan la tristeza del abandono para los niños en quienes nadie se ocupa.

Su corazón tenía la fuerza de reprimirse y su inteligencia la de reflexionar.

Amaba la libertad y sabía gozar de ella.

Conocía la lucha de todos los músculos en tensión contra esas fuerzas poderosas de la tempestad y del agua, y no ignoraba tampoco la habilidad que desafía a los astutos animales que alimentan el cuerpo.

Había sabido también dominar el sufrimiento de la carne lastimada o del alma dolorosa que nadie cuida y que se cura riendo. ¿No había dominado el diabólico deseo que impele a imprimir un beso en una mejilla joven y colorada?

Ambrosina había triunfado siempre.

¡Oh, delicias!, ¡goces divinos!, oponerse, débil chiquilla, a esos gigantes que atacan y destruyen a los más fuertes y que se llaman: ¡el hambre, el sufrimiento, la muerte y el amor!..

¡Y qué intensa felicidad os inunda después de estas conquistas de la voluntad!..

El mar sometido reía en el iris azul de los ojos de la chiquilla, el pescado daba vigor a su joven carne, las cicatrices de su corazón y de sus pies le aconsejaban prudencia y olvido, y hasta la negativa de sus labios a Pedro ¿no le reservaba las brillantes promesas del deseo?

Y sin frases inútiles las sensaciones se expresaban en la conciencia de la sencilla Ambrosina.

Pero, con el recuerdo, la mejilla de Pedro se acercó a sus labios, las lágrimas de tristeza vertidas después de su partida le picaron en los párpados, y sobre todo el instante en que él la había sujetado revivía en todo su cuerpo. En fin todo aquel día impertinente y dulce pasado a su lado se le representó con todos sus incidentes, sus tormentos, sus alegrías iluminadas como imágenes.

¡Dejar de ser una niña para convertirse en todo una muchacha! Aun le parecía a Ambrosina estar oyendo a Pedro decir estas palabras.

Resuelta, arrojó el cubilete de hierro lleno de agua fresca y volvió a cargar sobre sus espaldas el cesto abandonado. ¡Ay!, recorrió las calles del barrio marítimo sin atreverse a pregonar ni ofrecer su mercancía.

Desesperada, se detuvo delante de la casa de María Saleta, a fin de pedir un consejo a esta pescadera que dispensaba siempre buena acogida a la hermana de Catalina.

Una madre que quiere casar a su hijo sabe encontrar más de una palabra interesante en la charla de una Ambrosina.

María, siempre en acecho, quería saber lo que pasaba en casa de las Papín. Esa Rosa Malot, una intrigante, le quitaría la futura novia a su Juan, si ella no andaba lista.

Ambrosina se detuvo cortada a la puerta de la casa de María Saleta. Juan, acostado, la miraba con grandes ojos tristes que brillaban en su rostro amarillo.

Las enfermedades eran para Ambrosina un pasatiempo que entretenía a las viejas. La salud hace compañía a la juventud. El pobre Juan que soportaba indisposiciones que sólo suelen sufrir las personas de edad, envejecía pues encerrado en una oficina. ¡Ambrosina no deseaba igual suerte a Pedro Malot!..

Algunas vecinas aseguraban que Juan echaba sangre por la boca. La idea de esa sangre viniendo de dentro y no de una herida en la piel helaba de espanto a Ambrosina.

De seguro que el hijo de la Saleta no viviría mucho tiempo haciendo aquella vida de señorito.

¡Y esa María que iba y venía de continuo por el cuarto del enfermo, sin darse cuenta de nada!..

Economizaba, trabajaba, hacía proyectos, no veía más que el porvenir, persuadida de que había arrebatado su hijo al mar y lo había arrancado a la muerte.

Ambrosina, consternada, contemplaba aquella madre activa y aquel joven débil y resignado. Acostumbrado a la enfermedad, Juan la aceptaba sin rebelión.



Dale las gracias Juan

María adelantándose hacia Ambrosina exclamó:

— Qué bien y ¡qué buena idea la de venir a mi casa!

— ¿No sigue usted mejor?, preguntó Ambrosina dirigiéndose al enfermo.

La madre contestó:

— No es cosa de cuidado; el médico ha dicho que era un enfriamiento en el costado; pero está mejor. Siéntate, hermosa.

María desembarazó a Ambrosina de su pesada cesta.

Nunca perdía la ocasión de un provecho; así es que exclamó sacando las ostras y colocándolas sobre la mesa.

— ¡Esto es demasiado!, ¡es demasiado, muchacha! Juan está enfermo y has pensado en él, ¡pero nunca podrá comerse todo esto!.. En fin, no puedo reñirte, porque viene al pelo; ¡tiene tan poco apetito!.. ¡esto le excitará tal vez a comer de buena gana!.. Dale las gracias Juan.

El enfermo murmuró algunas palabras de agradecimiento.

— ¡Qué buena muchacha!, prosiguió María Saleta. Pero, ¡calla!, ¿es quizás tu madre la que me envía esto?

Ambrosina, colorada de confusión, contemplaba sus ostras que ella quería vender a tan buen precio; para reclamar su pesca, las gracias dadas ya por el pobre enfermo la ponían en un apuro.

Miraba alternativamente a Juan y las bellas ostras. El aire salobre contenido en las vastas conchas penetraría tal vez en los pulmones del enfermo y le curaría. ¿Debía regatear un famoso remedio a un infeliz moribundo?

Ambrosina renunció a la venta; la pesca milagrosa pertenecía a Juan.

¡Ella se la daba!..

Una sonrisa iluminó su cara rubia; sus párpados bajaron por discreción y sus manos se extendieron en un gesto de abandono...

— ¡Qué hermosa, y dulce y buena era aquella Ambrosina!.. No era ya una chiquilla, era todo una muchacha. Más que eso: ¡una mujer compasiva! Aun más; ¡una verdadera Nuestra Señora del Buen Socorro!..

Pedro, de pie en el umbral de la puerta desde hacía un instante, estaba admirado. Había un nimbo en torno de la frente de Ambrosina y rayos de luz se desprendían de sus manos generosas para ir a dar en el corazón de Pedro.

Ambrosina levantó los ojos, y al ver al joven, comprendió que había vendido a buen precio su pesca a la ávida María Saleta. ¡Satisfacía con largueza a Pedro! ¡Cuesta tan poco estimar a una mujer que se ama!..

Los domingos y días de fiesta, el abuelo Nicolás llegaba a casa de su hija Rosa a la una de la tarde. Comía con ella. Arrellanado en la butaca, tomaba su café y bebía ginebra después de la comida. Se le iba así la tarde. Llegaba la hora de cenar; Rosa le rogaba que se quedase y cenaban juntos.

El gasto no preocupaba nunca a Rosa.

Apreciaba las buenas viandas y sabía satisfacer el buen paladar de su padre y de su hijo...

¡Su difunto marido se regodeaba delante de una buena costilla de vaca asada!.. Todos los domingos, la viuda asaba una ancha y gorda en memoria de él. La carne, su dorado jugo, las patatas, doradas también, que la acompañan, sientan perfectamente en el estómago.

Rosa servía luego una refrescante ensalada, y como después del vinagre hay que endulzar la boca, aparecía en la mesa una vasta torta de crema.

A veces, Rosa variaba la lista, y compraba en la plaza un conejo de seis libras. Salteado en la cazuela con cebollas, tocino, hierbas finas y un litro de buen vino, era un plato exquisito.

La carne blanca y prieta de los muslos y de los lomos valía la más fina landrecilla de ternera, y la pegada a los huesecitos tomaba de la salsa tal perfume de tomillo, de laurel y de aire silvestre, que llevaba a la lengua y al paladar toda la primavera del bosque que se había de atravesar el día de la romería de San José.

El abuelo y Rosa mascaban y tragaban lentamente, con devoción. Pedro, más voraz, comía más aprisa. No desdeñaba de vez en cuando una buena comida, la cama blanda y los cuidados de su madre; pero la costumbre le privaba rápidamente del placer de la buena vida. Prefería a un régimen seguido las francachelas con que se regalan los marinos recién desembarcados. Entonces comía bien, bebía mejor, dormía a pierna suelta, y despertaba con la sorpresa de no encontrarse a bordo.

Pedro, que llevaba quince días de vida de perezoto, de rentista, se sentó sin prisa y sin placer a la mesa del domingo. Se necesita apetito para sazonar hasta los platos más succulentos. Rosa notó en seguida tristeza en la frente de Pedro, pero se consoló pensando que guardaba para los postres grandes noticias que disiparían la pesadumbre de su hijo.

Desde el día de la prisión de Pedro, Rosa obraba. El castigo seguramente había quitado a Pedro las ganas de navegar, y ella aprovecharía aquella disposición de ánimo para arrancarlo definitivamente al peligro. Y todas las diligencias de Rosa resultaban fructuosas.

A pesar de sentir mucho el desembarcar a un «futuro patrón», había dicho el armador, desligaba a Pedro de todo compromiso.

Micaille admitía a Pedro en su despacho. Una visita de Rosa a las Papín había arreglado también el porvenir por este lado. Las mujeres habían llorado, perdonándose los golpes y la disputa de la pescadería. Después de juramentos de amistad se besaron antes de separarse.

— Si Pedro pasa por aquí, había dicho la vieja Papín a Rosa en el momento de la separación, podría entrar a saludarnos. Catalina y yo nos alegraremos de verle. ¡Jóvenes con jóvenes! ¿Qué quiere usted, Rosa? ¡A cada cual le llega su turno!.. Procurará no hacer rabiar más a mi Ambrosina; es una chiquilla, es verdad, pero a Catalina no le gusta que desprecien a su hermana.

Rosa, maliciosa, miraba sin inquietud a su hijo que ponía cara desdeñosa a los platos. Pedro rebotaría de satisfacción dentro de un rato, al subir la cuesta para la primera visita sería a la que indudablemente iba a ser su novia.

No pasaría día sin que Pedro diese las gracias a su querida madre que había arreglado aquel famoso negocio. Mecido por el mar, el difunto Malot podía descansar en paz; su viuda le había reemplazado cerca de su hijo. A Pedro no le faltaría nada para ser

feliz, puesto que ella había sabido ser no solamente la madre que cuida y ama, sino también la que, al igual del padre, prevé y dirige.

Una buena posición sin peligro y una mujer guapa y trabajadora esperaban a su hijo; poco trabajo y mucho provecho.

Sin ocuparse en proyectos ni en el porvenir, el abuelo se regalaba en silencio, invadido por una dulce alegría de vivir, que inundaba cada día y cada hora de su existencia. Había luchado, amado y trabajado. No se agitaba en su corazón ninguna de esas malas fuerzas que hacen ambiciosos y voluntariosos a los viejos que no han gastado su juventud. Estos quieren regentar a todo el mundo; ignoran sin duda que el joven orgulloso tiene más ansia de probar su valor que avidez de aceptar los beneficios del prójimo.

Sin embargo, la quietud de Nicolás no era absolutamente indiferencia, porque examinaba a Pedro. El padre pescaba más de un recuerdo en aquel aire de abatimiento que inmovilizaba al muchacho. Instruido por la experiencia, adivinaba mejor que Rosa los motivos de las secretas preocupaciones de su nieto. Sólo el amor hace perder a los muchachos y a las muchachas el apetito de un buen plato. Estaba persuadido de que la pena no tiene más que un camino para llegar al alma de un joven. Nicolás era viejo. Lo veía todo de lejos y lo juzgaba todo desde lo alto; ciertamente no concedía a las cuestiones de sentimiento el puesto que se les abandona en las historias que recrean a las chiquillas; sin embargo, sabía que el amor tiene terribles abordajes, aun cuando ataca a las personas más razonables.

Su hija había querido casarse, contra viento y marea, con su Malot, y él mismo se había casado con una pobre almejera de Equihén. Era un verdadero sortilegio que en épocas determinadas se apoderaba de los hijos de familia. ¿Por qué se había enamorado, en la juventud, de su Magdalena?

Nicolás ya no se lo explicaba. Tenía una cabellera de estopa, una boca fresca y risueña y una mirada muy dulce; pero muchas jóvenes ostentaban entonces cabellos rubios y ojos tiernos. Hacía muchos años que había muerto y, sin embargo, Nicolás aun recordaba la imperiosa sacudida que le había echado en brazos de la muchacha. Entonces, una voz más profunda que la de la sangre que le unía a sus padres había gritado en él, y había sido necesario, contra la voluntad de todos, seguir a Magdalena o morir de pesadumbre. ¡Nicolás había optado por la vida!.

¿Qué volvía a prepararse?.. El viejo miraba de reojo a su nieto.

Mucho temor y un poco de respeto le tenían pensativo. Se inclinaba ante esa fuerza que así atormenta a los espíritus más robustos. Pedro, muchacho inteligente, instruido, se sometería también. El viejo se reía de aquel nieto cuyo conocimiento de los libros humillaba a veces su prerrogativa de edad y de experiencia.

Así es que todo el mundo tenía una hora tonta; y el amor sabría mortificar al mismo zar, el generalísi-

no habría más remedio que dársela, y este fatalismo ante el amor evitaba al abuelo todos esos movimientos de cólera que turban inútilmente una digestión.

Dirigiase lentamente hacia la puerta, y Rosa, sin hacer caso de todas las aprensiones que le aconsejaban guardar silencio y esperar, corrió hasta él y lo



Pedro dió un puñetazo sobre la mesa

No había nada que hacer sino dejar que los jóvenes se regalen hasta que se hastíen del plato de su elección. Si el matrimonio era feliz, mejor; si se desavenía, peor; y Nicolás, para quien habían pasado todas las locuras, tranquilo, contento, se sirvió torta por tercera vez...

- No te ahogues, papá, insinuó Rosa.

Puso agua a hervir para la taza de manzanilla que Nicolás no tardaría en pedir para aligerar su estómago. La comida dominical le había jugado más de una mala partida. Se acordaba el sábado y se prometía comer con moderación; pero, una vez sentado a la mesa, se olvidaba de toda prudencia. Después ayunaba tres días para reponerse, y su glotonería salía de la prueba más viva que antes. Su apetito de viejo marino triunfaba victoriosamente de los asaltos de comida y se acomodaba igualmente a los reposos de penitencia.

Rosa, al pasar por el lado de su hijo, sintióse presa de un súbito acceso de ternura, inclinóse y le besó. ¡Ah!, ¡qué buena sorpresa le reservaba! Guardaba el secreto el mayor tiempo posible. A la hora del café le desarrollaría todo su plan y sus hábiles maniobras que a los veinte años le aseguraban contra los peligros del mar, de una muerte y de una mala mujer. Ahora, el afortunado joven no tenía más que abandonarse a vivir. ¡Qué contento iba a estar!.

- ¿Y bien, hijo mío, dijo Rosa, llenando la taza de Pedro, ¿no dices nada?..

Pedro meneó la cabeza y se encogió de hombros; quería salir de aquel embotamiento que le aniquilaba y no podía.

- ¡Contesta, muchacho!, repuso Rosa inquieta.

Era hora de contar a Pedro las hazañas de una madre que afianza la felicidad de su hijo. Momento decisivo ante el cual ella vacilaba. La emoción paralizaba la lengua de Rosa.

- Si no hablo es porque no tengo nada que decir, contestó Pedro de mal humor. Me aburro, encerrado como un oso.

- Toma esa taza, aconsejó Rosa suspirando.

- No, replicó Pedro, no quiero café; voy a tomar el aire.

detuvo. Para retenerlo a su lado y mimarlo, Rosa hubiera tratado de seducir al diablo, para dárselo como juguete.

Cuando era pequeño, la madre encontraba juegos e inventaba historias. ¿No estaba ahora más segura de fijar su atención? Esta vez no escaparía a su solitud maternal.

- Quédate un momento, ordenó la madre; quiero aprovechar la circunstancia de que está aquí tu abuelo; tengo que hablarte de cosas serias.

- ¡Cosas serias!, exclamó. ¿Te parece que no estoy bastante triste? Convendrá más distraerme. Iré hasta las Rocas a ver si se anuncia el *Surcouf*; ya no puede tardar.

- ¡El *Surcouf*!, ¡el *Surcouf*!, dijo Rosa victoriosa; ¡el *Surcouf*! ¡Vaya!, ¡no quiero que te preocupes por más tiempo!.. El *Surcouf* no tiene nada que reclamarte; ¡te he desligado de tu compromiso!

Pedro se volvió hacia su madre y la miró fijamente. Ella reía, como rejuvenecida por la dicha. Él callaba y ella prosiguió:

- Sí, hijo mío, el armador y yo nos hemos entendido. A tu salida de la prisión, comprendí que estabas harto de navegar, y entonces pensé: «Rosa, tu hijo sufre», y todo lo arreglé. Además, con los grandes vapores, ya pronto no habrá necesidad de marineros, ¡gracias a Dios!

- ¡Tú charlas sin ton ni son!, gritó violentamente el abuelo. ¡Mi manzanilla, en seguida!..

Estaba carmesí y sus viejas manos temblaban.

- ¡Ah!, replicó Rosa con impaciencia; contigo no se puede tener un momento de tranquilidad. ¡No tenías más que no atacarte tanto! Espera.

Se volvió hacia su hijo, esperando de él una palabra de estímulo y de gratitud.

Los labios de Pedro perdieron el color; corrió un calambre por sus muslos y tuvo que sentarse.

- Estás libre, continuó la madre, y para siempre, esta vez. Micaille te espera en su despacho y el dinero que yo he ganado durante estos últimos años será para ti y para el negocio del pescado cuando vuelvas del servicio militar.

(Se continuará.)



El abuelo Nicolás

mo de todas las Rusias, que Nicolás había admirado recientemente en Dunkerque.

Pedro bailaba en el ruedo, estaba cogido, y no por la bella Catalina; amar a ésta era demasiado sencillo y razonable. Pero Nicolás no se atormentaba; sabía que, rica o pobre, hermosa o fea, honesta o coqueta,

MELILLA. - LA JURA DE LA BANDERA. (De fotografías de Lázaro y Welkin y C.<sup>as</sup>)

Con grandísima solemnidad efectuóse el día 22 de febrero último en Melilla la Jura de la Bandera por los nuevos reclutas. El acto se efectuó en la amplia explanada que se extiende al Norte del fuerte de Rostrogordo, y a pesar de lo desapacible del día, fué presenciado por una concurrencia extraordinaria.

Formó una división al mando del general Molto, mandando las brigadas de infantería los generales Aizpuru y Burguete, otra mixta de artillería y caballería el general Villalba y la del tabor de Alhucemas el coronel Ardamaz.

Las tropas formaron un gran rectángulo y unos cartelones indicaban el lugar que habían de ocupar cada cuerpo y las comisiones civiles y militares.

A las nueve y media montó a caballo el gene-

El general Villalba tomando el juramento



ceras y la policía indígena. Detrás de cada cuerpo iban los reclutas, quienes, a pesar del poco tiempo que llevan de servicio, tienen casi terminada su instrucción y con equipo han hecho marchas hasta de veinticinco kilómetros.

La artillería montada desfiló al trote y la caballería al galope. Cerraron el desfile las fuerzas indígenas formadas por las *mias* de policía y el tabor de Alhucemas.

La dislocación de las tropas se efectuó con tal precisión, que no se interrumpió ni retrasó un momento el desfile.

El comandante general, general Jordana, quedó muy satisfecho del acto, habiendo felicitado a los generales y jefes de todos los cuerpos y secciones, a la sección de campaña y al Estado Mayor, que preparó todo lo concerniente a la jura.



Batidores y trompeteros de las fuerzas indígenas durante el acto de la jura

ral Jordana, quien se presentó en el lugar de la jura acompañado de un brillante Estado Mayor, en el que figuraban, entre otros, setenta jefes indígenas de Guelaia y de Quebdana y veinte de Beni Buyaghi, jinetes todos en briosos caballos y luciendo ricos y vistosos trajes.

Terminada la misa, el general Villalba tomó el juramento a los 12.000 reclutas, los cuales atronaron el espacio contestando con entusiasmo la fórmula de ordenanza. Después los reclutas besaron la bandera, siendo aquél un momento verdaderamente emocionante.

Los jefes indígenas siguieron atentamente la ceremonia, cuyo significado les explicaron varios intérpretes.

El desfile, que se efectuó después de la jura, fué brillantísimo y en él tomaron parte los reclutas, las fuerzas veteranas de Melilla y otras de las posiciones avanzadas en representación de todos los cuerpos, y además el tabor de Alhu-

Banda de trompetas de las fuerzas indígenas tocando la Marcha Real a la salida de la bandera para la jura.

Con motivo de la jura se ha dado una nota en extremo patriótica. El soldado licenciado Manuel del Aguila, que ostenta la cruz laureada de San Fernando por su comportamiento heroico en la acción de Peña Plata, durante la última guerra carlista, escribió a su hijo, recluta del regimiento de Melilla, lamentándose de no contar con medios para ir a besar con él la bandera. Enterada de ello la oficialidad de dicho regimiento, le costeó el viaje desde Galinduste (Salamanca) y así pudo el veterano lograr sus deseos y presenciar la Jura de la Bandera por su hijo.

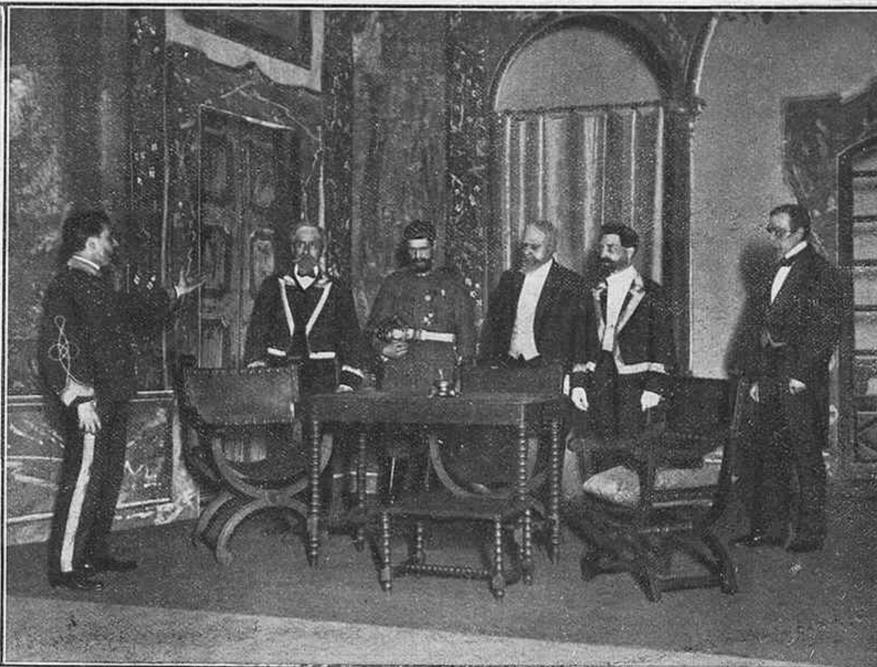
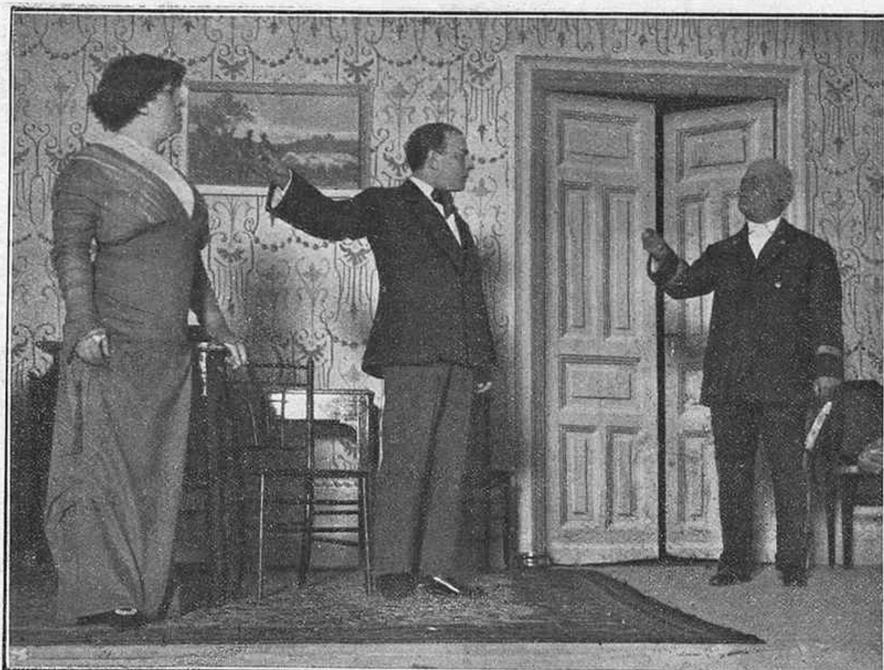
El general Jordana, después de estrecharle la mano, dirigió la palabra a su hijo y a todos sus compañeros, excitándolos a que busquen ocasión en que puedan hacerse acreedores a ostentar la misma condecoración que aquel anciano ostentaba.

Reclutas besando la bandera



Vista del campo de Rostrogordo en el acto de la Jura de la Bandera por los nuevos reclutas celebrado el día 22 de febrero último

NOVEDADES TEATRALES EN MADRID Y EN BARCELONA



Madrid. - Una escena de «La hiedra», tragedia vulgar en tres actos y en prosa de Eduardo Marquina, estrenada con buen éxito en el Teatro Español. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Barcelona. - Una escena de «Patria», tragicomedia en tres actos y en prosa de J. Pous y Pagés, estrenada con buen éxito en el Teatro Español. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

En el Teatro Español de Madrid se ha estrenado con buen éxito *La hiedra*, que su autor, el inspirado poeta Eduardo Marquina, califica de tragedia vulgar.

Esta vez Marquina ha abandonado el terreno de la poesía y de la historia, que tan grandiosos triunfos le proporcionaron con obras tan admirables como *La alcaldesa de Pastrana* y *En Irlanda se ha puesto el sol*, para hacer un drama moderno, con argumento tomado de la realidad de la vida contemporánea, aunque dándole un título enteramente simbólico. *La hiedra* es Carmen, esposa de Pablo, sabio doctor en Medicina y bacteriólogo notable; la afición al lujo, el deseo de mejorar las condiciones de su casa, de proporcionar el bienestar material de los suyos, llevan a aquélla a aferrarse, como la planta trepadora, a las piedras más altas para derrumbarse luego con ellas. Movida por estos impulsos se entrega a un político de influencia, Quintana, no por amor, sino por ambición, hasta por cariño a su familia.

El padre de Carmen, bedel jubilado y alcohólico, enterado de la conducta de su hija, la denuncia a su esposo, a Pablo, quien no da crédito a las palabras de su suegro; pero el bedel espía a Carmen, y cuando adquiere la certidumbre de la falta de ésta, acude de nuevo a delatarla a su yerno, el cual resuelve separarse de su mujer y la expulsa de su casa. El padre, sin embargo, no se resigna con esta resolución y estrangula a su hija, porque prefiere verla muerta a encenagada.

En opinión de los principales críticos matritenses, esta última producción de Marquina pertenece al género teatral que da más importancia a lo externo que a lo interno y en el cual predominan sobre la psicología las preparaciones y los efectos escénicos, y tiene todos los caracteres del drama romántico, que floreció en el último tercio del siglo pasado y que tanta gloria proporcionó a D. José de Echegaray.

En la ejecución de *La hiedra* se distinguieron las señoritas Suárez y Palou, y los señores Santiago, Calvo, Suárez y Capdevila.

Se ha estrenado en el Teatro Español de esta ciudad una tragicomedia en tres actos de J. Pous y Pagés titulada *Patria*. Es una obra de carácter político que recuerda nuestros últimos desastres coloniales y cuyos episodios tienen gran parecido con los que se desarrollaron en España cuando la pérdida de Cuba y Filipinas.

Desarrollase la acción en un país imaginario, Interlandia, una de cuyas colonias se ha insurreccionado y cuyos ejércitos son impotentes para acabar con una lucha de guerrillas que desangra y empobrece a la nación. Los habitantes de la colonia piden la autonomía y el Rey de Interlandia, joven, prudente y experimentado, que sabe que, por la desorganización del ejército y la falta de marina, el país no podrá sostener mucho tiempo aquella guerra, muéstrase inclinado a acceder a las demandas de aquéllos. Su gobierno, por el contrario, quiere sofocar la rebelión a todo trance y cueste lo que cueste.

En esto, la poderosa república de Histria amenaza con una intervención si en el plazo de dos meses no se ha restablecido el orden en la colonia insurrecta; el gobierno, ante esta amenaza, siente exaltado su patriotismo y declara la guerra a Histria, apoyado en esto por la opinión pública, que estima cosa fácil la derrota de aquella república de horteras y comerciantes. Sobreviene el desastre y el Rey, contra el parecer de su gobierno, que trata de ocultarla al pueblo, hace pública la noticia de la tremenda derrota; y al ver que el pueblo, cuyo espíritu creía dormido, reacciona y se lanza a la calle en clamorosa protesta, pidiendo el castigo de los que considera como responsables del desastre, siéntese satisfecho, porque comprende que aun es posible su regeneración y que con una política prudente y práctica podrá conseguir la reconstitución y la regeneración de Interlandia.

La obra del Sr. Pous y Pagés ha sido muy bien recibida por el público, que ha tributado grandes aplausos al autor y a los actores.

En la interpretación se distinguieron las señoras Fremont, Roldán y Pahissa, y los señores Guitart, Quintana, Tor, Sirvent, Mir y Martori.

*Patria* ha sido muy bien puesta en escena, habiéndose estrenado dos decoraciones, una de los señores Moragas y Alarma de muy hermosa perspectiva, y otra del Sr. Junyent de composición sobria y armónica entonación.

Con el uso del jabón  
de **HENO** de **PRAVIA**  
las huellas de la  
edad y de la fatiga  
se desprenden  
como un antifaz

A. Ehrmann.

LA DELEGACIÓN ALBANESA OFRECIENDO LA CORONA DE ALBANIA AL PRÍNCIPE GUILLERMO DE WIED



En el centro del peldaño superior están el príncipe Guillermo I rey de Albania, la reina Sofía y Essad bajá, presidente de la delegación albanesa. (De fotografía.)

El día 21 de febrero último efectuóse en el palacio de Neuwied la ceremonia de ofrecer una delegación albanesa presidida por Essad Bajá, la corona de Albania al príncipe Guillermo de Wied.

Los delegados, que en la estación fueron recibidos por las autoridades locales, dirigieron a la residencia del príncipe en coches descubiertos, siendo su paso por las calles de la ciudad presenciado por numeroso público. Uno de ellos, Milcíades Silviri, llevaba cuidadosamente envuelto en un pañuelo de seda un cofrecillo que contenía tierra, arena y agua de Albania; este cofrecillo había de ser entregado por Essad Bajá al futuro soberano, quien, por el hecho de recibirlo y con arreglo a un antiguo simbolismo del país, toma posesión del territorio albanés, desde cualquier punto del extranjero.

En el salón blanco del palacio recibió a los delegados el barón Malchus, chambelán de la corte de Wied; poco después se presentaron el príncipe Guillermo, que vestía el uniforme de comandante prusiano, seguido de su esposa, que lucía vestido blanco de gran cola y ostentaba en la cabeza una rica diadema.

Essad Bajá, después de saludar al príncipe, pronunció en albanés un discurso expresándole la satisfacción que la delegación sentía de poder llenar la misión que toda la Albania le ha confiado y explicando las vicisitudes por que ha pasado en el curso de la historia la nación albanesa, la cual, a pesar de ellas, ha sabido conservar su espíritu nacional y el idioma de sus mayores. «Albania, terminó diciendo, siéntese especialmente dichosa de que Vuestra Alteza, hijo de una nación tan célebre en el dominio de la ciencia y de la civilización, haya aceptado ser nuestro soberano. ¡Que el Todopoderoso conserve a Vuestra Alteza y a su familia para el bien de Albania! Los albaneses, sin excepción, serán siempre súbditos fieles de Vuestra Alteza, constantemente dispuestos a ayudar vuestros esfuerzos para conducir a los albaneses hacia un porvenir próspero y glorioso. ¡Viva S. M. el Rey de Albania!»

El príncipe contestó en alemán:

«Excelencia, Señores. Habéis venido aquí como delegación de la Albania entera para ofre-

cerme el trono de vuestro país que, después de muchos combates y dificultades numerosas, ha encontrado al fin su libertad. Os acojo con todo mi corazón aquí, en Neuwied, mi ciudad natal, en el palacio de mis antepasados. Aquí he querido recibirlos para que conozcáis mi país de origen.

«Tenía especial deseo de que viniese de Albania una delegación para transmitirme el ruego del pueblo, pidiéndome que aceptase el trono de su país. Habiéndome designado como soberano de vuestra nación las potencias, cuya ayuda y cuyo apoyo benévolo han asegurado la existencia de Albania como Estado independiente, considérome dichoso diciéndome que acepto el trono y que la princesa y yo os seguiremos a vuestro país, que será nuestra nueva patria.

«No he tomado a la ligera esta determinación, sino que han sido necesarios algunos meses de reflexión para declararme dispuesto a aceptar este trono. Las grandes dificultades y la responsabilidad que a él van unidas me asustaban; sin embargo, ahora que he adoptado mi resolución sobre este punto, quiero pertenecer con todo mi corazón y con todas mis fuerzas a mi nueva patria.

«Espero y confío encontrar en todos los albaneses celosos y fieles colaboradores para fecundar este Estado y hacerlo prosperar.

«Mostradme una confianza igual a la que yo os demuestro y nuestros comunes esfuerzos, con la ayuda del Todopoderoso, se verán coronados por el éxito. Recibo con placer y gratitud la seguridad que me dais de vuestra fidelidad, de esa fidelidad que ha sido siempre sagrada en Albania y que es famosa en el mundo entero. Pudiendo contar con el apoyo que todos los albaneses me prestarán, realizando fielmente conmigo la misión común, espero que lograremos conducir a Albania a un porvenir afortunado y glorioso.»

Después de pronunciada esta alocución, el príncipe gritó en albanés: «¡Viva Albania!» El nuevo soberano aproximóse a Essad Bajá y le estrechó efusivamente la mano, mientras los demás delegados daban otro viva a los príncipes. Después de la ceremonia, celebróse un banquete en el que Essad Bajá brindó por la casa de Wied.

**INNSBRUCK, TIROL**

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

**LUZ Y SOMBRAS**

Novela, por lord BULWER-LYTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**EL INGENIOSO HIDALGO**

**Don Quijote de la Mancha**

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN